

LA DESTRUCCIÓN DE LA HOSPEDERÍA DE OÁ DERGA



Ediciones
Torre de
Bregon

CONTENIDO

Introducción	4
La destrucción de la Hospedería de Dá Derga	6
Parte I.....	7
Parte II.....	20
Parte III.....	39
Parte IV	58
Notas y comentarios	81
Estructura del relato	81
Personajes secundarios	84
Elementos de la cultura céltica.....	86
Bibliografía	90
Acerca de...	92

En la portada: La colina de Tara (Condado de Meath)

*A la eterna memoria
de **Miguel Ángel Peña.**
Amistad y templanza
de quien nació en un Samain.
Enfrentó su destino
como lo hiciera Conaire.*

INTRODUCCIÓN

Tanto en el siglo V como en el IX, los monjes de los monasterios irlandeses fundados fuera de la isla influyeron sobre ingleses, francos y teutones, introduciendo en esos pueblos muchos elementos de la cultura clásica que no les había alcanzado a llegar desde la zona del Mediterráneo. Sin embargo, pese a esa temprana y prolongada “latinización” —consecuencia del cristianismo—, la literatura medieval irlandesa resulta más primitiva que, por ejemplo, la anglosajona.

Si bien en la poesía se puede observar la preponderancia de versos aliterados compuestos sobre una variación del metro trocaico, en la prosa las fórmulas grecolatinas de composición con que suelen comenzar los manuscritos pronto dan lugar a una fantasía desenfadada, donde lo natural y lo extranatural se entremezclan constantemente, aunque en ninguna parte el narrador expresa sorpresa. La descripción y la narración suelen destacarse por un alto grado de frescura y de viveza.

Tan libre y más antigua que la prosa islandesa, el relato y los diálogos pueden ser comparados con los de la narrativa moderna, por su colorido, claridad e ironía. La sintaxis es anticuada, pero las oraciones pasan alegremente de una a otra, sin preocuparse por lograr una construcción elaborada, como si se tratara de un ejemplo de escritura automática o de corriente de conciencia. A su vez, peculiaridades del lenguaje oral y ornamentos artificiales, sumados a las variaciones y dificultades gramaticales del irlandés antiguo, suelen presentar problemas de interpretación.

Esa inmensa e interesante producción literaria permaneció inaccesible para muchísimos lectores durante años, especialmente en lo que concernía a la épica. En 1853, **Nicholas O’Kearney** publicó el texto irlandés y una traducción inglesa de *La Batalla de Gabra*, y desde esa fecha el volumen de textos impresos y las versiones inglesas fueron aumentando firmemente, así como sus versiones en español, con lo que se abrió, para el lector común, un cúmulo considerable de material que ilustra la imaginativa vida de la Irlanda medieval.

De los relatos épicos irlandeses, *Togail Bruidne Dá Derga* (“La destrucción de la hospedería de Dá Derga”), la historia del origen, reinado y muerte de Conaire Mór mac Eterscél, es un ejemplo de belleza y energía notables. Los aspectos primitivos de la historia se hacen evidentes por la forma en que la trama gira sobre los desastres que siguen a la violación de los *geasa*, por la naturaleza monstruosa de muchos de los guerreros, y por la ausencia de cualquier tentativa de explicar las creencias implicadas o las maravillas relacionadas en ella. La fuerza y los logros de los héroes son fantásticos y extraordinarios más allá de cualquier descripción.

La historia se cataloga formalmente como *príomsceal* (historia principal) y existen tres versiones, incluidas en distintos manuscritos, que presentan ligeras diferencias. La presente es la traducción, con algunas leves modificaciones, del texto contenido en el *Lebor na hUidre* (“El libro de la vaca parda”, c. 1100 d.C.). El relato en sí es, sin duda, varios siglos anterior; como consecuencia de una serie de contradicciones internas, se sostiene que el texto, tal como lo conocemos, es la fusión de varias fuentes diferentes y pertenece al grupo más viejo de sagas irlandesas existentes.

S.O.

LA DESTRUCCIÓN DE LA HOSPEDERÍA DE DÁ DERGA

Parte I

Hubo un famoso y noble rey de Erín, llamado Eochaid Feidlech. Una vez fue a la pradera de Bri Leith y vio junto a un pozo a una mujer con un brillante peine de plata ornado de oro, que se lavaba en una fuente de plata con cuatro aves doradas y pequeños y brillantes rubíes en los bordes. Ella tenía un manto purpúreo y encrespado, una hermosa capa; el manto tenía orlas plateadas y un broche del oro más hermoso. Llevaba una túnica larga con capucha, de fina seda verde, con rojos bordados de oro y maravillosas hebillas de oro y de plata sobre cada pecho, hombro y escápula. El sol brillaba sobre ella, así que el reflejo del sol en el oro sobre la seda verde era evidente para los hombres. Tenía dos trenzas doradas de cuatro mechones con un abalorio en el extremo de cada uno de ellos. El matiz de cada cabello se parecía al de las flores del lirio en verano o al del oro rojo después de ser pulido.

Allí estaba, deshaciendo su peinado para lavarlo, con los brazos fuera de las mangas de la bata. Blancas como la nieve de una noche eran las manos, suaves y gráciles, y rojas como la digital las innegablemente bellas mejillas. Oscuras como el lomo de un escarabajo las cejas. Como una rociada de perlas eran sus dientes. Azules como el jacinto los ojos. Rojos como los frutos del serbal los labios. Elevados, tersos y delicadamente blancos los hombros. Blancos y estilizados los dedos. Largas las manos. Blanca como la espuma de una ola era su silueta; esbelta, alta, delicada, pareja, suave como la lana. Lustrosos y cálidos, suaves y blancos eran sus muslos. Redondas y pequeñas, firmes y blancas las rodillas. Breves, blancas y rectas las espinillas. Adecuadamente rectos y hermosos los talones. Si le hubieran medido los pies, difícilmente habrían resultado desparejos, a menos que la piel del calzado se extendiera sobre

ellos. El radiante brillo de la luna residía en su noble rostro; la majestuosidad del orgullo en la uniformidad de sus cejas; la luz del encanto en cada uno de los regios ojos. Un hoyuelo de delicia en cada mejilla, salpicada ora con manchas purpúreas como el rojo de la sangre de un ternero, ora con el brillo lustroso de la nieve. Suave dignidad femenina en su voz; un paso seguro y pausado ella tenía: un andar de reina era el suyo. En verdad, de todas las mujeres del mundo era la más apreciable, deseable y perfecta que jamás viera algún hombre. Al rey Eochaid y a sus seguidores les pareció que era de los *shíde* [los túmulos mágicos, donde se refugiaron los Tuatha Dé Dannan luego del triunfo de los hombres]. De ella se dijo: “Buena figura tienen todas, hasta que se las compara con Etáin; todas son adorables, hasta que se las compara con Etáin”.

Un anhelo de estar con ella se apoderó del rey, que envió a un hombre de su gente para buscarla. El rey pidió informes sobre ella y dijo, mientras se anunciaba: —¿Podría tener una hora de holganza con vos?

—Es por lo que vinimos hacia acá bajo vuestra salvaguarda —contestó ella.

—Pregunto entonces de dónde sois y de dónde habéis venido —dijo Eochaid.

—Fácil se dice —le respondió—. Soy Etáin, hija de Etar, rey de la cabalgata de los *shíde*. Estuve aquí por veinte años desde que nací en uno de ellos. Los hombres del *shíd*, reyes y nobles, me estuvieron cortejando pero no obtuvieron nada de mí, pues desde que soy capaz de hablar os he amado y dado el amor de niña por los encumbrados relatos sobre vos y vuestro esplendor. Y, aunque nunca os había visto, os reconocí por vuestra descripción: sois vos; entonces, llegué.

—No será la vuestra la “busca de un mal amigo distante” —dijo Eochaid—. Seréis bienvenida y por vos dejaré a las otras mujeres y sólo con vos viviré mientras me hagáis el honor.

—¡El precio de la novia para mí misma —dijo ella—y luego mi deseo!

—Ambos tendréis —dijo Eochaid.

Siete *cumals* [el precio de siete esclavas: veintiuna vacas] le fueron dados.

Luego el rey, el mismísimo Eochaid Feidlech, murió y dejó una hija llamada, como su madre, Etáin, que se casó con Cormac, rey de Ulaid [Ulster].

Después de un tiempo, Cormac, rey de los *ulates* [habitantes del Ulster], “el hombre de los tres dones”, abandonó a la hija de Eochaid pues era estéril, excepto por una hija que tuvo con Cormac luego de preparar un brebaje que su madre —la mujer del *shíd*—le dio. Entonces ella le dijo a su madre: —Malo es lo que me habéis dado: será una hija lo que tendré.

—No será bueno —dijo la madre—; sufrirá la persecución del rey.

Luego Cormac se unió otra vez con su esposa, la propia Etáin, y éste fue su deseo: que la hija de la mujer a la que había abandonado [esto es, su propia hija] fuera muerta. Así que Cormac no dejaría a la niña con su madre para que se criara. Por lo tanto, dos de sus siervos la llevaron a un pozo y ella les sonrió tiernamente mientras la metían en él. Entonces la compasión los invadió. La llevaron hasta el pesebre de los vaqueros de Eterscél, biznieto de Iar, rey de Tara, y la criaron hasta que ella maduró, y no hubo en Irlanda hija de un rey más querida que ella.

Una casa cercada de mimbre trenzado le hicieron los siervos, sin puertas, sólo con una ventana y un tragaluz. La gente del rey Eterscél divisó la construcción y supuso que los

vaqueros guardaban en ella alimentos. Pero uno de ellos fue y miró por el tragaluz, ¡y vio en la casa a la más adorable y bella de las mujeres! Eso se le contó al rey, quien inmediatamente envió a su gente para asaltar la casa y sacarla de su interior sin permiso de los vaqueros. Pues el rey no tenía hijos, y le había sido profetizado por sus druidas que una mujer de origen desconocido le daría uno.

Entonces el rey dijo: —¡Ésta es la mujer que me fue profetizada!

Ahora bien, mientras ella estaba allí a la mañana siguiente, vio entrar por el tragaluz un Ave que abandonó el plumaje en el suelo, se le acercó, la poseyó, y le dijo: —Vienen del rey hasta vos para asaltar vuestra casa y llevaros ante él por la fuerza. Y vos quedaréis embarazada de mí y tendréis un hijo, y ese hijo no debe matar los pájaros. Y “Conaire, hijo de Mess Buachalla” será su nombre. —Pues ella era Mess Buachalla, “la hija adoptiva de los Vaqueros”.

Después ella fue llevada ante el rey, junto con sus padres adoptivos, y la desposaron con él, que le dio siete *cumals* a ella y otros siete a los padres adoptivos. Y luego ellos fueron nombrados caciques, con lo que fueron legitimados desde que eran los dos Fedlimthi Rechtaidi. Y ella le dio un hijo al rey, el propio Conaire, hijo de Mess Buachalla, y éstos fueron los tres reclamos de ella al rey, a saber, la crianza de su hijo entre tres casas; es decir, la de los padres adoptivos que la habían educado; la segunda, la del Mainè de Palabras de Miel, y la de ella misma como la tercera, y dijo que, si los hombres de Erín deseaban hacer algo por ese niño, debían dárselo a esas tres familias que lo protegían.

Así que fue criado de esa forma y los hombres de Erín lo conocieron enseguida desde que nació. Y otros niños fueron criados con él, a saber: FerLe, FerGar y FerRogain, los tres biznietos de Donn Désa, el paladín, un guerrero del ejército de Muc-Lesi.

Ahora bien, Conaire poseía tres dones, a saber, el don de oír, el don de ver y el don de juzgar, y de esos tres dones él le enseñó uno a cada uno de sus tres hermanos adoptivos. Y cualquier comida que le preparaban la compartían los cuatro. Incluso, aunque le prepararan tres comidas para él, cada uno de ellos tendría su parte. Los mismos vestidos, armas y pelaje de caballos tenían los cuatro.

Entonces el rey, el propio Eterscél, murió. Los hombres de Erín se reunieron para una fiesta del toro, con el fin de determinar al futuro rey; o sea, se mataba un toro y a continuación un hombre comería hasta el hartazgo y bebería su caldo, y se le cantaba un conjuro para la verdad cuando se metía en la cama. Aquel al que viera en su sueño sería el rey, y el soñador perecería si pronunciaba una mentira.

Cuatro hombres con carros estaban en la llanura de Liffey por diversión: el mismísimo Conaire y sus tres hermanos adoptivos. Entonces sus padrastros le avisaron que debía acudir a la fiesta del toro. El adivino, en su sueño, al final de la noche vio a un hombre totalmente desnudo, que marchaba por el camino de Tara, con una piedra en su honda.

—Iré en la mañana, después de vosotros —contestó.

Dejó a sus hermanos postizos con su certamen, y enfiló con su carro y el auriga hacia Dublín. Allí vio grandes aves moteadas de blanco, de tamaño, color y belleza inusitados. Las persiguió hasta que sus caballos se extenuaron. Los pájaros iban a un tiro de jabalina por delante de él y no se alejaban más allá. Él se apeó y tomó la honda del carro. Fue tras ellos hasta que llegó al mar. Las aves fueron hacia las olas. Las siguió y se les acercó. Los pájaros se despojaron de su plumaje y se volvieron hacia él con lanzas y espadas. Uno de ellos lo protegió

y se dirigió a él, diciéndole: —Soy Némglan, rey de las aves de vuestro padre; y vos teníais prohibido cazarlas, pues aquí no hay nadie que no deba ser amado por vos a causa de su padre o de su madre.

—Hasta hoy —dijo Conaire—, no sabía nada de esto.

—Id esta noche a Tara —dijo Némglan—; es lo más apropiado para vos. Hay una fiesta del toro allí, y por medio de ella seréis rey. Un hombre en cueros, que irá al final de la noche a lo largo de uno de los caminos de Tara con una piedra y una honda... ése es quien será el rey.

Así que Conaire siguió adelante de ese modo; en cada uno de los cuatro caminos por los que los hombres van a Tara, tres reyes lo aguardaban y tenían indumentaria para él, pues había sido previsto que llegaría totalmente desnudo. Entonces lo vieron desde el camino donde estaban sus hermanastros, le pusieron la vestidura real, lo subieron a un carro y él se ajustó las prendas.

La gente de Tara dijo: —Parece que nuestra fiesta del toro y el conjuro de la verdad son un fracaso, si es solamente un muchacho joven y lampiño lo que vislumbramos con ellos.

—Eso no es de ninguna importancia —contestó él—. Para un rey joven y generoso como yo la realeza no es ninguna desgracia, pues vestirme con los ropajes de Tara me corresponde por derecho de padre y de abuelo.

—¡Excelente! ¡Excelente! —decía la muchedumbre. Impusieron la realeza de Erín sobre él. Y él dijo: —Interrogaré a los sabios para que yo mismo pueda serlo.

Entonces pronunció todo esto como le había sido enseñado por el hombre de la ola, que le había dicho: “Vuestro reinado estará sujeto a una restricción, pero el reinado del ave será

noble, y ésta será vuestra restricción, es decir, vuestro *geis* [prohibición de carácter mágico, estrechamente vinculada con cuestiones de honor]:

*No rodearéis Tara por la derecha ni Bregia por la izquierda.
Las bestias malvadas de Cerna no deben ser cazadas por vos.
Y no saldrás cada novena noche más allá de Tara.
No dormiréis en una casa cuya lumbre es visible desde el exterior,
después de la puesta del sol, y en la que se ve la luz desde afuera.
Y los tres Rojos no irán antes que vos a la casa del Rojo.
Y no se llevará a cabo pillaje alguno en vuestro reino.
Y, luego del ocaso, la compañía de una mujer o de un hombre
no entrará en la morada en la que estéis.
Y no resolveréis la disputa de dos de tus siervos.”*

Ahora bien, hubo grandes dádivas en su reinado, a saber, siete naves cada junio de cada año llegaban a Inver Colptha [la desembocadura del río Boyne], el retoño del roble crecía hasta las rodillas cada otoño, profusión de peces en los ríos Bush y Boyne en junio de cada año, y tal cantidad de buena voluntad que nadie mató a otro en Erín durante su reinado. Y a cada cual la voz de su compañero le parecía tan dulce como las cuerdas de los laúdes. De mediados de primavera a mediados de otoño no había viento que desordenara la cola de una vaca. Su reino no fue ni atronador ni tempestuoso.

Entonces sus hermanos adoptivos se quejaron de que les habían quitado los regalos de su padre y de su abuelo, o sea, Hurto, Robo, Matanza de hombres y Pillaje. Perpetraban los tres

hurtos contra un mismo hombre cada año —a saber, un cerdo, un buey y una vaca—, por lo que podían ver, por consiguiente, qué castigo les infligiría el rey, y qué daño le causaría a éste el hurto en su reinado.

Pues cada año un granjero iría a quejarse al rey, y él le diría: “Ve y dirígete a los tres biznietos de Donn Désa, pues son ellos quienes se han llevado las bestias”. Cada vez que uno fuera a hablar con los descendientes de Donn Désa, ellos casi lo matarían, y él no volvería ante el rey por temor de que Conaire se hiciera cargo de su perjuicio.

Desde que, entonces, el orgullo y la testarudez se apoderaron de ellos, comenzaron a saquear, rodeados por los hijos de los señores de los hombres de Erín. Tres veces cincuenta hombres tenían como pupilos cuando éstos asolaron como hombres-lobo la provincia de Connaught, hasta que el porquero de Mainè Milscothach [Palabras de Miel] los vio, y él nunca había presenciado antes algo así. Se lanzó a la fuga. Cuando lo oyeron, lo persiguieron. El porquero gritó, la gente de dos de los Mainè fue por él, arrestaron a los tres veces cincuenta hombres, junto con sus auxiliares, y los llevaron a Tara. Consultaron al rey con respecto al asunto, y él dijo: —Que cada uno [el padre] mate a su hijo, pero que los que están vinculados conmigo por crianza sean exceptuados.

—¡Licencia! ¡Licencia! —decían todos—. Será hecho por vos.

—De ningún modo —contestó—. Me he impuesto por ley “no tomar ninguna vida”. Los hombres no serán colgados; pero que los veteranos vayan con ellos para que puedan desatar su pillaje sobre los hombres de Alba [Escocia].

Eso es lo que hicieron. Por lo tanto se echaron a la mar y se encontraron con el hijo del rey de Britania, el mismísimo Ingcél, el Tuerto, nieto de Conmac; tres veces cincuenta hombres y sus veteranos se reunieron en el mar.

Hacen una alianza, y van con Ingcél y llevaron a cabo pillajes con él.

Ésta es la destrucción que su propio impulso les dio. Fue la noche en que su madre, su padre y sus siete hermanos habían sido invitados a la casa del rey de su distrito. Todos ellos fueron destruidos por Ingcél en una sola noche. Entonces los piratas irlandeses partieron mar afuera hacia la tierra de Erín, para buscar una destrucción como retribución por la que les había autorizado Ingcél.

En el reinado de Conaire hubo una paz perfecta en Erín, salvo en Thomond, donde se trabó combate entre los dos Carbre. Eran hermanos adoptivos de él y resultó imposible hacer las paces entre ellos hasta que intervino Conaire. Era contra un *geis* separarlos antes de que lo hubieran indemnizado. Él fue, sin embargo, aunque para hacerlo quebrara uno de sus *geasa*, y estableció la paz entre ellos. Permaneció cinco noches con cada uno de los dos. Eso también le concernía a un *geis*.

Luego de conciliar las dos pependencias, él viajaba a Tara. Éste es el camino que siguieron hacia ahí, más allá de Usnech, en Meath, y vieron incursiones del este y del oeste, del sur y del norte; vieron bandas armadas, huestes y hombres totalmente desnudos, y la tierra de los Uí Néill del sur tenía una nube de fuego a su alrededor.

—¿Qué es eso? —preguntó Conaire. —Fácil se dice —respondió su gente—. Fácil se sabe que se quebró la ley del rey ahí adentro, puesto que el país ha comenzado a quemarse.

—¿Hacia dónde iremos? —dice Conaire.

—Al noreste —dice su gente.

Así que, entonces, Tara fue rodeada por la derecha y Bregia por la izquierda [Bregia es la llanura que se extiende al este de Tara, entre los ríos Boyne y Liffey], y las bestias salvadas de Cerna fueron cazadas por él. Pero eso no lo vio hasta que la persecución hubo terminado.

Los que crearon del mundo aquella ahumada niebla mágica eran los Otros, y lo hicieron porque los *geasa* de Conaire habían sido violados.

Un gran temor cayó entonces sobre Conaire, porque no tenían ninguna manera seguir sino por el camino de Midluachair y el camino de Cúalu.

Así que siguieron su ruta por la costa de Irlanda hacia el sur.

Entonces Conaire dijo en el camino de Cúalu: —¿Adónde iremos esta noche?

—¡Ojalá os lo pudiera decir, mi pariente Conaire! —dice MacCeht, hijo de Snade Teighed, el paladín de Conaire, hijo de Eterscél—. A menudo los hombres de Erín han estado rivalizando por vos cada noche en la que estabais deambulando por un hospedaje.

—El buen juicio se va con las buenas épocas —dice Conaire—. Yo tenía un amigo en este país, ¡si sólo supiéramos el camino a su casa!

—¿Cuál es su nombre? —preguntó MacCeht.

—Dá Derga de Leinster —contestó Conaire—. Él fue hasta mí en busca de un regalo, y no tuvo un rechazo. Le di cien vacas de mi manada. Le di cien cerdos cebados. Le di cien mantos de paño tupido. Le di cien armas de combate esmaltadas de azul. Le di diez rojos broches

dorados. Le di diez buenas cubas de color castaño. Le di diez sirvientes. Le di diez molinillos de mano. Le di tres veces nueve sabuesos blancos con sus cadenas plateadas. Le di cien caballos de carrera de las manadas de ciervos. No habría disminución, en su caso, aunque viniera otra vez. De nuevo se lo llevaría. Sería raro que fuera hosco conmigo al alcanzar su morada esta noche.

—Cuando conocí su casa —dice MacCecht—, el camino por el que vais era el límite de su fundo. Continúa hasta que entra en su morada, porque el camino pasa a través de ella. Hay siete umbrales en la casa, y siete dormitorios entre cada dos umbrales; pero hay solamente una puerta, y esa puerta gira hacia el umbral en el que sopla el viento.

—Con todo lo que tenéis aquí —dice Conaire—, entraréis en vuestra multitud hasta que os hayáis apeado en el medio de la casa.

—Si es así —contesta MacCecht— que os dirigís para allá, voy ahí para poder encender el fuego frente a vos.

Cuando Conaire, después de eso, viajaba a lo largo del camino de Cúalu, advirtió frente a él tres jinetes que cabalgaban hacia la casa. Tres vestiduras rojas llevaban, y tres capas rojas; tres broqueles rojos tenían, y tres venablos rojos en sus manos; tres corceles rojos montaban, y tres cabezas de rojo cabello eran las suyas. Rojo era todo en ellos: cuerpo, cabello y vestimenta; los corceles y los hombres.

—¿Quiénes son los que van adelante de nosotros? —preguntó Conaire—. Tengo un *geis* por esos Tres que van frente a mí: los tres Rojos a la casa del Rojo. ¿Quién los seguirá y les dirá que vengan para seguir mis huellas?

—Yo los seguiré —dice LÉFri Flaith, hijo de Conaire.

Va tras ellos, azotando su caballo, y no los alcanzó. Había el largo del tiro de un venablo entre ellos, pero no sacaron ventaja sobre él y él no sacó ventaja sobre ellos.

Les dijo que no fueran delante del rey. No los alcanzó, pero uno de los tres hombres le cantó una endecha por sobre el hombro:

*¡Mirad, hijo mío, grandes son las noticias,
noticias de una hospedería!... ¡Mirad, hijo mío!*

Van lejos de él, entonces; no podía detenerlos.

El muchacho esperó a la hueste. Le contó a su padre lo que le dijeron. A Conaire no le gustó. —¡Vos, tras ellos! —dice Conaire—. Y ofrecedles tres bueyes y tres cerdos para jamón, y que, siempre que estén en mi casa, nadie se ubicará entre ellos y el fuego de la pared.

Así que el joven va tras ellos, les ofrece eso, y no los alcanzó. Pero uno de los tres hombres le cantó por encima de su hombro:

*¡Mirad, hijo mío, grandes son las noticias!
El gran ardor de un rey generoso
os saca el filo, os incendia.
Mediante encantamientos de ancianos
se rinde una compañía de nueve.
¡Mirad, hijo mío!*

El muchacho se volvió y le repitió la endecha a Conaire.

—Id tras ellos —dice Conaire— y ofrecedles seis bueyes, seis cerdos para jamón, y mis sobras para alimentarlos, regalos para mañana, y que, siempre que estén en mi casa, nadie se ubicará entre ellos y el fuego de la pared.

El joven entonces fue tras ellos, y no los alcanzó; pero uno de los tres hombres le contestó y dijo:

*¡Mirad, hijo mío, grandes son las noticias!
Cansados están los potros que cabalgamos.
Montamos los corceles de Donn Détscorach,
de los mágicos montículos del Otro Mundo.
Aunque estamos vivos, estamos muertos.
Grandes son los signos: destrucción de la vida,
saciedad de las cornejas, alimento de los cuervos,
distensión de la matanza, filos de espadas empapados,
escudos con repujados rotos a la caída del sol.
¡Mirad, hijo mío!*

Luego se alejaron de él.

—Veo que no habéis detenido a los hombres —dice Conaire.

—En verdad no es que haya desistido —dice LÉFri Flaith.

Recitó la última respuesta que le dieron. Conaire y sus seguidores no se alegraron con eso, y luego tuvieron malos presagios de terror.

—Todos mis *geasa* me atraparon esta noche —dice Conaire—, pues esos Tres Rojos son del pueblo desterrado.

Ellos siguieron hasta la casa, tomaron sus asientos ahí, y sujetaron sus caballos rojos en la puerta de la casa.

Ésta es la Marcha Adelantada de los Tres Rojos al *Bruden Dá Derga*.

Ésta es la ruta que Conaire tomó con sus tropas a Dublín.

Parte II

Conaire y sus tropas a Dublín

Fue entonces cuando el hombre de corta cabellera negra, con una mano, un ojo y un pie, los alcanzó. Cabello áspero cortado al ras en lo alto. Aunque se le volcara una bolsa de manzanas silvestres sobre la coronilla, ninguna caería a tierra, pues cada una de ellas se le clavaría en el pelo. Aunque el hocico se le enganchara en una rama, sus labios permanecerían juntos. Largas y gruesas como un yugo eran cada una de sus dos canillas. Cada una de sus nalgas era del tamaño de un queso sobre el extremo de un mimbres. En la mano tenía una pértiga bifurcada con puntas de hierro negro. Sobre la espalda llevaba un cerdo chamuscado de erizadas cerdas negras, que chillaba continuamente, y una mujer bocona, enorme, oscura, compungida, horrible, estaba detrás de él. Aunque su hocico fuera arrojado a una rama, ella lo soportaría; el labio inferior le llegaría a las rodillas.

Él se echó adelante para encontrarse con Conaire, y le dio la bienvenida. —¡Bien venido seáis, oh amo Conaire! Hace mucho que vuestro arribo aquí era sabido.

—¿Quién da la bienvenida? —pregunta Conaire.

—¡FerCaille aquí, con su cerdo negro para que vos lo consumáis y no ayunéis esta noche, pues sois el mejor rey que ha venido al mundo!

—¿Cuál es el nombre de vuestra esposa? —dice Conaire.

—Cichuil —contesta él.

—Cualquier otra noche —dice Conaire— que os satisfaga, vendré con vosotros, y os dejo solos esta noche.

—¡Nones —dice el patán—, pues iremos con vos al lugar donde estaréis esta noche, oh hermoso amito Conaire!

Así que él va hacia la casa, con su gran esposa bocona detrás de él, y con el negro cerdo chamuscado de pocas cerdas, que chillaba continuamente, sobre la espalda. Ése era uno de los *geasa* de Conaire, y aquel pillaje que iba a tener lugar en Irlanda durante su reinado era otro.

Pues el saqueo era obra de los hijos de Donn Désa, y cinco centenas había en el cuerpo de sus merodeadores, además de los seguidores que estaban con ellos. Esto, también, era un *geis* de Conaire. Había un buen guerrero en el país del norte, “Carromato sobre las estacas marchitas”, éste era su nombre. Era llamado así porque solía ir contra sus oponentes así como un carromato pasaría sobre varas resacas. Ahora bien, el pillaje era efectuado por él, y había cinco centenas solamente en su cuerpo de saqueadores, además de los subordinados.

Después de eso había una tropa de héroes aún más arrogantes; específicamente, los siete hijos de Ailill y de Medb, cada uno de los cuales se llamaba “Manè”. Y cada Manè tenía un apodo, a saber, el Manè como el Padre, el Manè como la Madre, el Manè Gentil, el Manè Vertiginoso, el Manè de Palabras de Miel, el Manè Aprieta-a-Todos, y el Manè Locuaz. El saqueo era obra de ellos. En lo que respecta al Manè como la Madre y al Manè Vertiginoso tenían catorce veintenas en sus cuerpos de saqueadores. El Manè como el Padre tenía tres centenas y media. El Manè de Palabras de Miel tenía cinco centenas. El Manè Aprieta-a-Todos tenía siete centenas. El Manè Locuaz tenía siete centenas. El otro tenía cinco centenas en sus cuerpos de merodeadores.

Había un trío valeroso de los hombres de Cúalu de Leinster, a saber, los tres Sabuesos Rojos de Cúalu, llamados Cethach, Clothach y Conall. El pillaje era ahora obra de ellos, y doce veintenas había en su cuerpo de saqueadores, y tenían una tropa de locos. En el reinado de Conaire, un tercio de los hombres de Irlanda eran forajidos. Él tuvo suficiente fuerza y energía para echarlos de la tierra de Erín y así llevar el pillaje al otro lado [Gran Bretaña]; pero, luego de ese traslado, ellos volvieron a su país.

Cuando alcanzaron el lomo del mar, se encontraron con Ingcél el Tuerto, con Eiccel y con Tulchinne, los tres biznietos de Conmac de Britania, en lo más rugiente del mar. Un hombre descortés, inmenso, temible e inculto era Ingcél el Tuerto. Un solo ojo había en su cabeza, tan amplio como el pellejo de un buey, tan negro como un abejorro, con tres pupilas en él. Trece centenas había en su cuerpo de saqueadores. Los merodeadores de los hombres de Erín eran más numerosos que ellos.

Van con su superidad para un encuentro en el mar. —No debéis hacer esto —dice Ingcél—: quebrar la verdad de los hombres [juego justo] sobre nosotros, porque sois más en número que yo.

—Nada que no sea un combate en términos iguales os acontecerá —dicen los forajidos de Erín.

—Hay algo mejor para vosotros —contestó Ingcél—. Hagamos las paces, puesto que habéis sido echados de la tierra de Erín y nos han echado de la tierra de Alba y de Britania. Hagamos un acuerdo entre nosotros. Venid y causad saqueos en mi país, e iré con vosotros y efectuaré mi pillaje en el vuestro.

Siguen este consejo y dieron garantías, por consiguiente, de este lado y de aquél. Estaban las seguridades que le fueron dadas a Ingcél por los hombres de Erín, a saber, FerGar y Gabur (o FerLe) y FerRogain, por la destrucción que Ingcél eligiera causar en Irlanda y por la destrucción que los hijos de Donn Désa escogieran en Alba y en Britania.

Se echó en suerte para ver con cuál de ellos debían ir primero. Resultó que debían ir con Ingcél a su país. Así que se encaminaron hacia Britania, y allí mataron al padre, a la madre y a los siete hermanos de su aliado, como hemos dicho antes. Luego de eso se dirigieron a Alba, donde labraron la destrucción, y entonces volvieron a Erín.

Fue entonces, pues, que Conaire, hijo de Eterscél, se dirigió a la Hospedería por el camino de Cúalu.

Fue cuando llegaron los forajidos que estaban mar afuera de la costa de Bregia, frente a Howth.

Entonces dijeron los forajidos: —Arriad las velas, y formad una línea en el mar que no pueda ser vista desde tierra; y buscad entre vosotros a los más ágiles para ir a la orilla para ver si podremos salvar nuestros honores con Ingcél. Una destrucción por la destrucción que él nos ha dado.

—¿Quién irá a la orilla para escuchar? Que sea alguno —dice Ingcél— que tenga los tres dones, a saber, el don de oír, el don de ver lejos y el don del juicio.

—Yo —dice el Manè de Palabras de Miel— tengo el don de oír.

—Y yo —dice el Manè Vertiginoso— tengo los dones de la vista lejana y del juicio.

—Es bueno para vosotros que sea así —dicen los ladrones—; buena es esa sabiduría.

Así que nueve hombres van hasta que llegan a la colina de Howth, para averiguar qué pueden oír y ver.

—¡En silencio un momento! —dice el Manè de Palabras de Miel.

—¿Qué es eso? —pregunta el Manè Vertiginoso.

—El sonido de la cabalgata de un buen rey es lo que oigo.

—Por el don de la vista lejana, veo —respondió su camarada.

—¿Qué es lo que veis ahí?

—Allí veo —contestó— las cabalgatas espléndidas, altivas, hermosas, aguerridas, extranjeras, algo delgadas, cansadas, activas, entusiastas, afiladas, vehementes, un buen curso que sacude una gran cubierta de tierra. Pasan por muchas alturas, con corrientes y estuarios maravillosos.

—¿Cuáles son las aguas, las alturas y los estuarios que atraviesan?

—Fácil se dice: Indeoin, Cult, Cuiltén, Mafat, Ammat, Iarmafat, Finne, Goiste y Guistine. Venablos grises sobre los carruajes; espadas con empuñaduras de marfil sobre los muslos; escudos plateados en los codos. La mitad roja y la mitad blanca. Ropa de cada color sobre ellos.

“Veo después frente a ellos ganado especial, a saber, tres veces cincuenta corceles gris oscuro. De cabezas pequeñas son ellos, de hocicos rojos, puntiagudos, de anchos cascos, cuellos grandes, pecho rojizo, gruesos, de fácil parada, de fácil uncida, ágiles para la correría, entusiastas, afilados, vehementes, con sus tres veces cincuenta frenos de esmalte rojo sobre ellos.

“Juro por lo que jura mi tribu —dijo el hombre de la larga vista— que éstas son las manadas de algún buen señor. Éste es mi juicio de eso: es Conaire, hijo de Eterscél, con las multitudes de los hombres de Erín alrededor de él, quien viaja por el camino.

Volvieron entonces para poder contarle a los forajidos. —Esto —dicen— es lo que hemos oído y hemos visto.

De esa hueste, entonces, había una multitud, tanto de un lado como del otro, a saber, tres veces cincuenta barcos, con cinco millares en ellos, y diez centenas en cada millar. Entonces izaron las velas de los barcos, y los dirigieron, por lo tanto, a la orilla, hasta que tocaron tierra en la playa de Fuirbthe.

Cuando los barcos llegaron a la costa, estaba entonces MacCecht encendiendo el fuego en la Hospedería de Dá Derga. Ante el sonido de la chispa, los tres veces cincuenta barcos fueron lanzados hacia fuera, de modo que estuvieron en el lomo del mar.

—¡Un momento en silencio! —dijo Ingcél—. ¡Explicad esto, oh FerRogain!

—No sé —contestó FerRogain—, a menos que sea Luchdonn, el satirista, en Emain Macha, que hace esos pases cuando le sacan su alimento por la fuerza, o el grito de Luchdonn en Temair Luachra, o la chispa de MacCecht, cuando enciende un fuego ante un rey de Erín donde él duerme. Cada chispa y cada rociada de su fuego que cayera en el piso asaría cien becerros y dos medios cerdos.

—¡No quiera el dios llevar a ese hombre [el propio Conaire] allí esta noche! —dijeron los hijos de Donn Désa—. ¡Triste que él esté bajo el daño de enemigos!

—Me parece —dice Ingcél— que no sería más triste para mí que la destrucción que yo les di. Sería mi festín que Conaire eligiera ir allí.

Su flota se dirige a tierra. El ruido que los tres veces cincuenta navíos hicieron al atracar sacudió la Hospedería de Dá Derga de tal forma que ni un venablo ni un escudo permanecieron en sus estantes, sino que las armas lanzaron un grito y todas cayeron al piso de la casa.

—Explicad eso, oh Conaire —dicen todos—: ¿qué es ese ruido?

—No conozco nada así, a menos que sea que la tierra se ha roto, o el Leviatán que rodea el globo y golpea con su cola para volcar al mundo, o la flota de los hijos de Donn Désa que ha alcanzado la orilla. ¡Ay, que no sean ellos los que están allí! ¡Nuestros amados hermanos adoptivos eran ellos! Queridos eran los campeones. No deberíamos temerlos esta noche.

Entonces llegó Conaire, de modo que él estuvo en el prado de la Hospedería.

Cuando MacCecht oyó el ruido tumultuoso, le pareció que guerreros habían atacado a su gente. Por lo que se precipitó hasta su arnés para ayudarlos. Intenso como el tronar de tres centurias se juzgó su hazaña de saltar hasta sus armas. De eso no hubo provecho.

Ahora bien, en la proa de la nave en donde iban los hijos de Donn Désa estaba el campeón, completamente apercebido, iracundo, el león duro y tremendo, Ingcél el Tuerto, biznieto de Conmac. Amplio como la piel de un buey era el único ojo que le resaltaba en la frente, con siete pupilas en él, negras como un abejorro. Cada una de sus rodillas tan grandes como el raspador de un caldero; cada uno de sus dos puños era del tamaño de una cesta de la cosecha; sus nalgas tan grandes como un queso en un mimbre; cada una de sus canillas largas como un yugo.

Así que, después de eso, los tres veces cincuenta barcos, y esos cinco millares —con diez centenares en cada millar—desembarcaron en la playa de Fuirbthe.

Entonces Conaire con su gente entró en la Hospedería, y cada uno tomó su asiento adentro, tanto los de los *geasa* como los que no. Y los tres Rojos tomaron asiento, y FerCaille con su cerdo tomó asiento.

Después de eso, Dá Derga fue hasta ellos, con tres veces cincuenta guerreros; cada uno tenía una larga cabellera hasta la base de la nuca, y un capote corto hasta las nalgas. Calzones moteados de verde usaban, y en sus manos había tres veces cincuenta grandes bastones de espino con bandas de hierro.

—¡Bien venido, oh amo Conaire! —pronunció—. Aunque la masa de los hombres de Erín viniera con vos, ellos mismos hubieran sido bienvenidos.

Cuando estuvieron allí vieron a una mujer solitaria que se acercaba a la puerta de la Hospedería, después de la puesta del sol, buscando que la dejaran entrar. Cada una de sus dos canillas era tan larga como la tabla de un telar, y tan oscura como el dorso de un escarabajo cornudo. Usaba un lanudo manto grisáceo. El pelo más largo le llegaba hasta la rodilla. La boca se le torcía hacia un costado de la cabeza.

Ella llegó y puso uno de sus hombros contra el poste de la puerta de la casa, echando una mirada malvada sobre el rey y los jóvenes que lo rodeaban en la Hospedería. Él mismo se dirigió a ella desde adentro.

—Bueno, oh mujer —dice Conaire—, si sois una hechicera, ¿qué veis para nosotros?

—En verdad veo para vosotros —contesta ella— que ni vuestro pellejo ni vuestra carne escapará del lugar al cual habéis venido, a no ser por lo que pájaros se llevarán lejos en sus garras.

—No era un presagio malvado el que preveíamos, oh mujer —dijo él—; no es lo que siempre auguráis para nosotros. ¿Cuál es vuestro nombre, oh mujer?

—Cailb —contesta ella.

—Ese nombre no dice mucho —dice Conaire.

—¡Mirad! Muchos otros son mis nombres.

—¿Cuáles son ellos? —pregunta Conaire.

—Fácil se dice —acotó ella—. Samon, Sinand, Seisclend, Sodb, Caill, Coll, Díchóem, Dichíúil, Díthím, Díchuimne, Dichruidne, Dairne, Dáríne, Déruaine, Egem, Agam, Ethamne,

Gním, Cluiche, Cethardam, Níth, Némain, Nóennen, Badb, Blosc, B[!]oár, Huae, óe Aife la Sruth, Mache, Médé, Mod.

Sobre un pie, alzando una mano, y soltando suavemente el aliento les cantó todo eso desde la puerta de la casa.

—Juro por los dioses a los que adoro —dice Conaire— que no os llamaré por ninguno de esos nombres, esté aquí mucho o poco tiempo. ¿Qué deseáis?

—Lo que vos, también, más deseéis —contestó ella.

—Es uno de mis *geasa* —dice Conaire— recibir la compañía de una mujer después de la puesta del sol.

—Aunque sea un *geis* —contestó ella—, no me iré hasta que consiga mi hospedaje inmediatamente esta misma noche.

—Decidle —dice Conaire— que un buey y un cerdo para jamón le serán llevados afuera, y mis sobras, a condición de que ella permanezca esta noche en otro lugar.

—Si en puridad —ella dice— le ha acontecido al rey que no tiene lugar en su casa para la comida y la cama de una mujer solitaria, ellas serán conseguidas, a pesar de él, de alguien que posea generosidad, si la hospitalidad del príncipe ha desaparecido en la Hospedería.

—¡Salvaje es la respuesta! —dice Conaire—. Déjadla entrar, aunque sea mi *geis*.

Gran repugnancia sentían después de la plática de la mujer, y un mal presentimiento; pero no sabían la causa de eso.

Los forajidos, luego de que tocaron tierra, siguieron adelante hasta Lecca Cinn Slébe. Siempre abierta estaba la Hospedería. La llamaban *Bruden* porque se asemeja a los labios de un hombre que sopla un fuego.

Grande era la hoguera que encendían para Conaire todas las noches, a saber, un “jabalí del bosque”. Siete bocas tenía. Cuando un tronco se sacaba de su costado, cada llama que brotaba de cada boca era tan grande como el resplandor de una capilla ardiente. Había diecisiete de los carruajes de Conaire en cada puerta de la casa, y para los que miraban desde los bajeles aquella gran luz era claramente visible a través de las ruedas de los carros.

—¿Podéis decir, oh FerRogain, qué parece esa gran luz de allá?

—No puedo relacionarla con nada —responde FerRogain—, a menos que sea el fuego de un rey. ¡Quiera el dios no llevar a ese hombre allí esta noche! ¡Es una lástima destruirlo!

—¿Qué más pensáis entonces —dice Ingcél— del reinado de ese hombre en la tierra de Erín?

—Bueno es su gobierno —contesta FerRogain—. Desde que asumió el reinado, ninguna nube ha velado el sol por el espacio de un día desde mediados de primavera hasta mediados de otoño. Ni una gota de rocío cayó de la hierba hasta el mediodía, y el viento no afectaría la cola de una bestia hasta las nonas. Y en su reinado, de fin de año a fin de año, ningún lobo atacaba a nadie excepto a un ternero de cada establo; para mantener esta regla hay siete lobos como rehenes en el costado de su casa y, además de eso, una mayor seguridad, el propio MacLocc, y es él quien aboga por ellos en la casa de Conaire. En el reinado de Conaire, en Erín están las tres coronas, a saber, la corona de granos de trigo, la corona de flores, y la

corona de bellotas. En su reinado, también, cada hombre juzga la voz de otro tan melodiosa como cuerdas de laúdes, debido a la excelencia de la ley, de la paz y de la buena voluntad que prevalece a través de Erín. ¡Quiera el dios no llevar a ese hombre allí esta noche! Es triste destruirlo. Es “una rama por medio de su flor”. Es “un cerdo que cae ante el espetón”. Es “un infante en edad”. ¡Triste es la brevedad de su vida!

—Era mi destino —dice Ingcél— que él estuviera ahí, y allí será una Destrucción por otra. No será más penosa para mí que mi padre, mi madre y mis siete hermanos, y el rey de mi país, a quienes les entregué antes de venir en el intercambio de saqueos.

—¡Es verdad, es verdad! —dicen los malhechores que estaban junto a los forajidos.

Los forajidos parten de la playa de Fuirbthe, y traen una piedra por cada hombre para hacer un *cairn* [montículo artificial de piedras pequeñas, que generalmente se levanta en un cruce de caminos]; pues ésa era la distinción que al principio hacían los *fianna* [cuerpo de soldados independientes] entre una “Destrucción” y una “Derrota”. Un pilar acostumbraban plantar cuando habría una Derrota. Un *cairn*, sin embargo, solían hacer cuando habría una Destrucción. Esa vez, entonces, hicieron un *cairn*, porque era una Destrucción. Lejos de la casa estaba eso, así que no podían ser oídos ni vistos desde ahí.

Por dos motivos construyeron su *cairn*, a saber, primero, porque era una costumbre al invadir, y, en segundo lugar, para poder establecer sus pérdidas en la Hospedería. Cada uno que volviera a salvo de ella tomaría su piedra del *cairn*; así, las piedras de los que fueron muertos quedarían, y por lo tanto ellos conocerían sus bajas. Y es eso lo que los expertos en historia cuentan: que por cada piedra de Carn Leca había uno de los forajidos muertos en la Hospedería. Por eso el Cairn Leca, en Húi Cellaig, es llamado así.

Un “jabalí de fuego” es encendido por los hijos de Donn Désa para darle aviso a Conaire. Con lo que ése es el primer fanal de advertencia que se hizo en Erín, y hasta este día todos los faros se encienden como aquél.

Esto es lo que otros cuentan: fue en la víspera del Samain [día de todos los Santos] que se labró la destrucción de la Hospedería y, desde aquella almenara, la hoguera de Samain siguió hasta ahora, y las piedras [que se colocan] son el “fuego de Samain”.

Entonces los forajidos formaron un consejo en donde habían hecho el *cairn*.

—Bueno, entonces —le dice Ingcél a los guías—, ¿qué es aquí lo más cercano a nosotros?

—Fácil se dice: la Hospedería de Hua Derga, el principal albergador de Erín.

—Bonísimos hombres —dice Ingcél— probablemente fueron a buscar a sus compañeros en esa Hospedería esta noche.

Éste, entonces, fue el consejo de los forajidos, enviar a uno de ellos para ver cómo las cosas estaban allí.

—¿Quién irá a espiar la casa? —preguntó uno.

—¿Quién iría —dice Ingcél— si no yo, puesto que me dan derecho las deudas?

Ingcél fue a reconocer la Hospedería con una de las siete pupilas del único ojo que tenía en la frente, para evaluar con la mirada la casa, con la intención de destruir al rey y a los jóvenes que estaban a su alrededor ahí adentro. E Ingcél los vio a través de las ruedas de los carruajes.

Entonces Ingcél fue advertido desde la casa. Él salió de ahí después de ser visto.

Siguió hasta que alcanzó a los forajidos en el lugar en donde estaban. Cada círculo de ellos se puso alrededor de otro para oír los informes —los jefes de los forajidos estaban en el mismo

centro de los círculos— Estaban FerGar, FerGel, FerRogel, FerRogain, Lomna, el Bufón, e Ingcél el Tuerto—seis en el centro de los círculos—. Y FerRogain comenzó a interrogar a Ingcél.

—¿Cómo está eso, oh Ingcél? —pregunta FerRogain.

—Como sea que esté —contestó Ingcél—, regia es la concurrencia, multitudinario es el tumulto; majestuoso es el ruido de aquello. Si un rey está ahí o no, tomaré la casa pues tengo un derecho. Por lo tanto, mi turno de pillaje ha llegado.

—¡Lo hemos dejado en vuestra mano, oh Ingcél! —dijeron los hermanos adoptivos de Conaire—. Pero no efectuaremos la Destrucción hasta que sepamos quién puede estar adentro.

—Una pregunta, ¿habéis visto bien la casa, oh Ingcél? —inquire FerRogain.

—Mi ojo echó un rápido vistazo a su alrededor, y lo aceptaré para mis deudas como fue establecido.

—Vos muy bien podrías aceptarlo, oh Ingcél —dijo FerRogain—: el padre adoptivo de todos nosotros está allí, el rey supremo de Erín, Conaire, hijo de Eterscél.

“Una pregunta, ¿qué más habéis visto en la casa en el alto sitial del paladín, frente al rey, en el lado opuesto?”

El cuarto de Cormac Condlongas

—Vi allí —dice Ingcél— un hombre de noble rostro, grande, con una mirada clara y chispeante, un conjunto parejo de dientes, la parte de abajo estrecha, amplia la superior. Bello y rubio el

cabello dorado sobre él, con una cinta apropiada a su alrededor. Un broche de plata en su manto, y en su mano una espada con empuñadura de oro. Un escudo con cinco círculos de oro sobre él; una jabalina de cinco puntas en la mano. Un aspecto justo, hermoso y rubicundo tenía; además va afeitado. ¡Mesurado es ese hombre!

—Y luego de eso, ¿qué más visteis allí?

El cuarto de los nueve camaradas de Cormac

—Allí vi tres hombres al oeste de Cormac, tres al este de él, y tres delante del mismo hombre. Consideraríais que los nueve tenían una sola madre y un solo padre. Son de la misma edad, igualmente agradables, igualmente hermosos, totalmente idénticos. Delgados bastoncillos de oro en sus mantos. Curvos escudos de bronce llevan. Jabalinas acanaladas sobre ellos. Una espada con puño de marfil en la mano de cada uno. Una hazaña única realizan, a saber, cada uno toma la punta de su espada entre dos dedos, y las hacen girar alrededor de sus dedos, y las espadas se estiran luego por sí mismas. Relacionad eso, oh FerRogain —dice Ingcél.

—Fácil —dice FerRogain— para que lo haga. Es el hijo de Conchobar, Cormac Condlongas, el mejor héroe detrás de un escudo en la tierra de Erín. ¡De mente humilde es ese muchacho! El mal es lo que teme esta noche. Es un campeón de valía para las hazañas de armas; es un anfitrión para los de la casa. Éstos son esos nueve que lo rodean, los tres Dúnguss, los tres Doelguss y los tres Danguss, los nueve camaradas de Cormac Condlongas, hijo de Conchobar. Nunca mataron a un hombre a causa de su miseria, y nunca lo privaron de nada a causa de su prosperidad. Bueno es el héroe que está entre ellos, el propio Cormac

Condlongas. Juro por lo que mi tribu jura, nueve veces diez caerán por Cormac en el primer asalto, y nueve veces diez caerán por su gente, además de un hombre por cada una de sus armas, y un hombre por cada uno de ellos mismos. Y Cormac compartirá proezas con cualquier hombre frente a la Hospedería, y se jactará de la victoria sobre un rey o un príncipe de corona o noble de los forajidos; él mismo tendrá la ocasión de escapar, aunque toda su gente sea herida.

—¡Ay del que lleve a cabo esta Destrucción —dice Lomna Drúth—, incluso debido a ese único hombre, Cormac Condlongas, hijo de Conchobar! ¡Juro por lo que jura mi tribu —dijo Lomna, hijo de Donn Désa—: si se pudiera satisfacer mi consejo, la Destrucción no debería intentarse solamente a causa de ese un hombre, debido a la belleza y a la calidad del héroe!

—No es factible evitarlo —dice Ingcél—. Las nubes de la debilidad vienen sobre vos. Una dura ordalía que pondrá en peligro las dos quijadas de una cabra será contrapuesta por el juramento de FerRogain, que continuará vigente. Vuestra voz, oh Lomna —dice Ingcél—, se ha quebrado en vos: sois un guerrero sin valor, y os conozco. Las nubes de la debilidad vienen sobre vos...

“Ni los viejos ni los historiadores dirán que paré la Destrucción, hasta que la haya efectuado.

—No recrimines nuestro honor, oh Ingcél —dicen Gér, Gabur y FerRogain—. La Destrucción tendrá lugar a menos que la tierra se rompa debajo, hasta que nos maten a todos de tal modo.

—Ciertamente, entonces, teníais razón, oh Ingcél —dice Lomna Drúth, hijo de Donn Désa—. No es para vos la pérdida causada por la Destrucción. Obtendréis la cabeza del rey de

un país extranjero, con vuestra matanza de otro; y vos y vuestros hermanos se escaparán de la Destrucción, el propio Ingcél, Eiccel y el Añal del Pillaje.

“Más difícil, sin embargo, es para mí —dice Lomna Drúth—. ¡La aflicción es mía antes de cada uno! ¡La aflicción es mía después de cada uno! Es mi cabeza la que primero será arrojada por ahí a la noche, dentro de una hora, entre los ejes del carro, donde los enemigos diabólicos se reunirán. Será arrojada tres veces a la Hospedería, y tres veces será lanzada hacia adelante. ¡Ay del que viene! ¡Ay de quien viene con él! ¡Ay de aquel hacia quien viene! ¡Desdichados los que van! ¡Desdichados hacia los que van!

—Nada vendrá a mí —dice Ingcél— en reemplazo de mi madre, de mi padre y de mis siete hermanos, y del rey de mi distrito, a quienes destruisteis conmigo. No hay nada que no pueda soportar en lo sucesivo.

—Sin embargo... pasarán por ellos —dicen Gér, Gabur y FerRogain—, la Destrucción será efectuada por vos esta noche.

—¡Ay del que los pondrá bajo las manos de los enemigos! —dice Lomna—. ¿Y a quién más visteis luego?

El cuarto de los pictos

—Vi otro sitio allí, con un trío enorme en él: tres hombres grandes, morenos; tres cabezas totalmente cubiertas de pelos parejos, igualmente largos en la nuca y en la frente. Tres cortas capuchas negras sobre ellas, que les llegaban a los codos; largos penachos tenían las capuchas. Tres enormes espadas negras llevaban, tres escudos negros y tres jabalinas verde

oscuro. Gruesa como el espetón de un caldero era el asta de cada una. ¡Relacionad esto, oh FerRogain!

—Me es difícil identificarlos. No conozco semejante trío en Erín, a menos que sea aquel terceto de la tierra de los pictos, que vino al exilio desde su país, y ahora está en la casa de Conaire. Éstos son sus nombres: Dublonges, hijo de Trebúat, Trebúat, hijo de Húa-Lonsce, y Curnach, hijo de Húa Fáich. Los tres mejores del país de los pictos para tomar las armas son ese trío. Nueve decenas caerán en sus manos en el primer encuentro, y un hombre caerá por cada una de sus armas, además de uno por cada uno de ellos. Y compartirán proezas con cada trío en la Hospedería. Se jactarán de una victoria sobre un rey o un jefe de los forajidos; luego se escaparán, aunque heridos. ¡Ay del que lleve a cabo la Destrucción, aunque sea solamente a causa de esos tres!

Dice Lomna Drúth: —Juro por el dios por el que le jura mi tribu, si mi consejo fuera tomado, la Destrucción nunca sería efectuada.

—No podéis —dice Ingcél—. Las nubes de la debilidad están viniendo a vosotros. Una dura ordalía que pondrá en peligro las dos quijadas de una cabra será contrapuesta por el juramento de FerRogain, que continuará vigente...

—¿Y a quién más visteis luego allí?

El cuarto de los gaiteros

—Allí contemplé un cuarto con nueve hombres en él. El cabello hermoso y rubio tenían ellos: todos son igualmente bellos. Coloridos mantos moteados usaban, y sobre ellos había nueve

gaitas, de cuatro melodías, adornadas. Bastante luz del palacio daba en el ornamento en estas gaitas de cuatro melodías. ¡Relacionadlos, oh FerRogain!

—Fácil me es ubicarlos —dice FerRogain—. Ésos son los nueve gaiteros que vinieron con Conaire desde el *shíd* de Bregia, debido a los nobles relatos sobre él. Éstos son sus nombres: Bind, Robind y Riारbind, Sibè, Dibè y Deichrind, y Umall, Cumal y Ciallglind. Son los mejores gaiteros del mundo. Nueve veces nueve caerán ante ellos, y un hombre por cada una de sus armas, y un hombre por cada uno de ellos. Y cada cual se jactará de una victoria sobre un rey o un jefe de los forajidos. Y escaparán de la Destrucción, pues un conflicto con ellos será un conflicto con la sombra. Matarán, pero no serán matados, porque están fuera de un *shíd*. ¡Ay del que lleve a cabo la Destrucción, aunque sólo sea debido a esos nueve!

—No podéis —dice Ingcél—. Las nubes de la debilidad están viniendo a vosotros. Una dura ordalía que pondrá en peligro las dos quijadas de una cabra será contrapuesta por el juramento de FerRogain, que continuará vigente...

—¿Y luego de eso a quién más visteis allí?

El cuarto del mayordomo de Conaire

—Allí vi un cuarto con un hombre en él. Un áspero mechón de cabello sobre él. Aunque un saco de manzanas silvestres le fuera arrojado en la cabeza, ninguna de ellas se caería al piso, pues cada una se le clavaría en el pelo. Su lanudo manto llevaba en la casa. Cada discusión ahí adentro por un asiento o por una cama la resolvía él. Si una aguja cayera en la casa, oiría su

caída mientras habla. Sobre él hay un árbol negro enorme, como el eje de un molino, con sus aspas, sombrero y espiga. ¡Relacionad esto, oh FerRogain!

—Fácil es esto para mí. Tuidle de Ulaid es él, el administrador de la casa de Conaire. Es necesario atender a la decisión de ese hombre, el que regula el asiento, el lecho y el alimento para cada uno. Es el personal de la casa el que está sobre él. Ese hombre luchará contra vos. ¡Juro lo que jura mi tribu, los muertos por él en la Destrucción serán más numerosos que los vivos! Tres veces su número caerá por él, y él mismo caerá allí. ¡Ay del que lleve a cabo la Destrucción!

—No podéis —dice Ingcél—. Las nubes de la debilidad están viniendo a vosotros. Una dura ordalía que pondrá en peligro las dos quijadas de una cabra será contrapuesta por el juramento de FerRogain, que continuará vigente...

—¿Qué más visteis ahí después de eso?

Parte III

El cuarto de MacCecht, paladín de Conaire

—Allí observé otro sitio con un trío en él, tres nobles medio furiosos: el más grande de ellos en el medio, muy ruidoso... con cuerpo de roca, enojado, golpeaba violentamente, repartiendo fuertes puñetazos, con los que bate a nueve centenares en combate. Llevaba un escudo de madera cubierto con hierro, con un duro... borde, un escudo en el que cabría una litera de

cuatro portadores apta para diez enclenques sobre ella...de...cuero. Una...bloca en él, con la profundidad de un caldero, capaz de cocinar cuatro bueyes, un vientre hueco; un gran hervor, con cuatro cerdos en su gran estómago medio... En los costados lisos caben dos botes con cinco bancos de remeros, apropiados para tres partidas de diez en cada una de las fuertes flotas.

“Una lanza tenía, azul y roja, adecuada para la mano, en su poderosa asta. Se extiende a lo largo de la pared desde el techo y se apoya en el suelo. Una punta de hierro en el extremo, rojo oscura, goteante. Cuatro pies ampliamente medidos entre los dos extremos de su borde.

“Treinta pies medidos holgadamente en su mortal espada desde la oscura punta hasta la empuñadura. Despide chispazos ardientes que iluminan el patio central de la casa desde el cielo raso hasta el piso.

“Fue una cara fuerte la que vi. Casi tuve un desmayo de horror mientras miraba fijamente esas tres cosas. No hay nada más extraño.

“Dos colinas peladas había ahí junto al hombre con pelo. Dos lagos junto a una montaña... de azul oleaje; dos claros con un árbol. Dos barcos sobre un muelle circular cerca de ellos, llenos de ramas de espino blanco. Y algo que me pareció como una delgada corriente de agua, en la cual el sol está brillando, que bajaba goteando, y detrás de ella se formaba un claro, y el puntal de un palacio se alzaba por encima como una gran lanza. Del peso cabal del yugo de un arado era el poste que había ahí. ¡Relacionad esto, oh FerRogain!

—¡Fácil, me parece, es explicarlo! Ése es MacCecht, hijo de Snaide Teichid; el paladín de Conaire, hijo de Eterscél. ¡Bueno es el héroe MacCecht! Acostado estaba en su sitio, dur-

miendo, cuando lo visteis. Las dos colinas peladas que observasteis junto al hombre con pelo, eran sus rodillas a los costados de su cabeza. Los dos lagos junto a la montaña, sus dos ojos a ambos lados de la nariz. Los dos claros con el árbol, las dos orejas a los costados de su cabeza. Los dos barcos trenzados en un muelle circular, sus sandalias sobre el escudo. La delgada corriente de agua que visteis, en la que el sol brillaba, y que chorreaba hacia abajo, era su espada oscilando. El claro que se extendía detrás es la vaina de la espada. El poste del palacio es su lanza: él la revolea hasta que sus dos extremos se tocan, y con ella asesta un prodigioso golpe cuando lo desea. ¡Bueno es el héroe MacCecht!

“Seis centenares caerán por él en el primer encuentro, y un hombre por cada una de sus armas, además de uno por él mismo. Y compartirá las hazañas con cada uno de la Hospedería, y se jactará del triunfo sobre un rey o un jefe de los forajidos delante de ella. Tendrá la oportunidad de escaparse, aunque herido. Y cuando tenga la ocasión de venir hacia vosotros desde la casa, tan numerosas como el granizo, como la hierba de un prado y estrellas del cielo serán vuestras cabezas y cráneos hendidos, los coágulos en vuestros cerebros, los huesos y montones de intestinos machacados por él y dispersados a lo largo de los pedregales.

Entonces, temblando y con terror por MacCecht, huyen dejando atrás tres muros de piedra.

Se tomaron los compromisos entre ellos otra vez, incluso Gér, Gabur y FerRogain.

—¡Ay del que lleve a cabo la Destrucción! —dice Lomna Drúth—. Perderéis vuestras cabezas.

—No podéis —dice Ingcél—. Las nubes de la debilidad están viniendo a vosotros. Una dura ordalía que pondrá en peligro las dos quijadas de una cabra será contrapuesta por el juramento de FerRogain, que continuará vigente...

—¡Es totalmente cierto, oh Ingcél! —dice Lomna Drúth, hijo de Donn Désa—. No es para vos la pérdida causada por la Destrucción. ¡Ay de mí por ella, pues la primera cabeza que alcanzará la Hospedería será la mía!

—Es más difícil para *mí* —dice Ingcél—, fue *mi* destrucción la que tuvo lugar... ahí. Verdaderamente, entonces, quizá sea el cadáver más frágil de allí...

—¿Y luego a quién más visteis allí?

El cuarto de los tres hijos de Conaire, Oball y Oblin y Corpre

—Allí observé un cuarto con un trío en él, a saber, tres jovencuelos blandos, que llevaban tres capas de seda. En ellas tenían tres broches de oro. Tres melenas de oro amarillo tenían. Cuando se las lavan, les llegan al borde de las caderas. Cuando alzan la vista se les levanta el cabello de modo que no está más bajo que los extremos de sus orejas, y es tan rizado como el de la cabeza de un carnero. Un esplendor de oro, palaciego, sobre cada uno de ellos. Cada uno de los que está en la casa se ocupa de ellos, de voz, de hecho y de palabra. ¡Relacionad esto, oh FerRogain! —dice Ingcél.

FerRogain lloró de tal modo que la parte delantera de su capa llegó a estar húmeda. Y no salió ninguna palabra de su boca hasta que pasó un tercio de la noche.

—¡Oh, pequeños —dice FerRogain—, tengo una buena razón para lo que hago! Ésos son tres hijos del rey de Erín: Oball, Oblin y Corpre Findmor.

—Nos aflige si el relato es cierto —dicen los hijos de Donn Désa—. Bueno es el trío de ese cuarto. Tienen las maneras de doncellas maduras, corazones de hermanos, valor de osos, y furia de leones. Quienquiera que está en su compañía, usa sus literas, y los deja, fácilmente no duerme ni come hasta después de nueve días, ante la carencia de su presencia. ¡Buenos son los jóvenes para su edad! Tres veces diez caerán por cada uno en el primer encuentro, y un hombre por cada arma, y tres hombres por ellos mismos. Y uno de los tres caerá allí. A causa de ese trío, ¡ay del que lleve a cabo la Destrucción!

—No podéis —dice Ingcél—. Las nubes de la debilidad están viniendo a vosotros. Una dura ordalía que pondrá en peligro las dos quijadas de una cabra será contrapuesta por el juramento de FerRogain, que continuará vigente...

—¿Y a quién más visteis luego?

El cuarto de los fomorianos

—Observé allí un cuarto con un trío en él, a saber, un trío horrible, inaudito, una tríada de campeones...

“¡Relacionad esto, oh FerRogain!

—Es difícil para mí para identificar a ese trío. Ni de los hombres de Erín ni de los hombres del mundo los conozco, a menos que sea el trío que MacCecht trajo de la tierra del fomorianos a costa de duelos. Ningún fomoriano se encontró para enfrentarlo, así que trajo a esos tres, y están en la casa de Conaire como rehenes para que, mientras él reine, los fomorianos no

destruyan el grano ni la leche de Erín más allá de su justo tributo. ¡Bien repulsivo puede ser su aspecto! Tres filas de dientes en sus cabezas de una oreja a otra. Un buey con un cerdo para tocino, ésa es la ración de cada uno de ellos, y lo que se ponen en la boca es visible hasta que llega debajo de sus ombligos. Cuerpos de hueso [es decir, sin un empalme en ellos] tienen esos tres. Juro por lo que jura mi tribu, serán muertos más por ellos en la Destrucción que los que dejen vivos. Seis centenas guerreros caerán por ellos en el primer conflicto, y un hombre por cada una de sus armas, y uno por cada uno de ellos mismos. Y se jactarán de un triunfo sobre un rey o un jefe de los forajidos. No será más que con una mordedura, con un puñetazo o con una patada que cada uno de esos hombres mate, pues no se les permite tener ningún arma en la casa, dado que son “rehenes del muro”, por temor de que cometan una fechoría adentro. Juro por lo que jura mi tribu, si tuvieran armamento, nos matarían a todos, menos a un tercio. ¡Ay del que lleve a cabo la Destrucción!, porque no es un combate contra holgazanes.

—No podéis —dice Ingcél—. Las nubes de la debilidad están viniendo a vosotros. Una dura ordalía que pondrá en peligro las dos quijadas de una cabra será contrapuesta por el juramento de FerRogain, que continuará vigente...

—¿Y qué más visteis allí después de eso?

***El cuarto de Munremar, hijo de Gerrchenn,
Birderg, hijo de Ruan, y Mál, hijo de Telband***

—Observé un cuarto, con un trío en él. Tres hombres grandes y morenos, las cabezas con cabello castaño corto. Tenían las caderas gruesas como la de un carnero. Ancha como la

cintura de un hombre era cada una de sus extremidades. Tres masas encrespadas de pelo pardo sobre una ancha cabeza; tres capotes, rojos y moteados, llevaban; tres escudos negros con abrazaderas de oro, y tres jabalinas de cinco púas; cada uno tenía a su disposición una espada con empuñadura de marfil. Ésta es la hazaña que realizan con ellas: las lanzan para arriba, después arrojan las vainas, y las espadas, antes de tocar la tierra, se meten en las fundas. Luego arrojan las vainas primero y las espadas después, y las vainas se encuentran con las espadas y se colocan a su alrededor antes de alcanzar el suelo. ¡Relacionad esto, oh FerRogain!

—¡Fácil para que los ubique! Mál, hijo de Telband; Munremar, hijo de Gerrchenn, y Birderg, hijo de Rúan. ¡Tres príncipes de corona, tres campeones de valor, los tres mejores héroes detrás las armas de Erín! Una centena de héroes caerá por ellos en el primer conflicto, y compartirán las proezas con cada hombre de la Hospedería, y se jactarán de la victoria sobre un rey o un jefe de los forajidos, y luego tendrán la ocasión de escaparse. La Destrucción no debería ser llevada a cabe siquiera a causa de esos tres.

—¡Ay del que lleve a cabo la Destrucción! —dice Lomna—. ¡Mejor sería la victoria de salvarlos que la de aniquilarlos! ¡Feliz del que los salve! ¡Ay de aquel que los mate!

—No es factible —dice Ingcél—. Las nubes de la debilidad están viniendo a vosotros. Una dura ordalía que pondrá en peligro las dos quijadas de una cabra será contrapuesta por el juramento de FerRogain, que continuará vigente...

—¿Y luego qué más visteis?

El cuarto de Conall Cernach

—Allí observé en un cuarto adornado al más bello de los héroes de Erín. Él usaba un capote púrpura con una capucha. Blanca como la nieve era una de sus mejillas, la otra era roja y moteada como la digital. Azul como el jacinto era uno de sus ojos, oscuro como el dorso de un escarabajo el otro. La cabeza de espeso y hermoso cabello dorado era tan grande como una cesta de la cosecha, y la cabellera le llegaba hasta el borde de las caderas. Es tan rizada como la cabeza de un carnero. Si un saco de nueces de cáscara roja le fuera derramado sobre la cabeza, ninguna de ellas se caería al piso, sino que se quedarían en los ganchos, las trenzas y las horquillas de su cabello. Una espada con empuñadura de oro en su mano; un escudo rojo como la sangre, tachonado con remaches de bronce blanco entre las placas de oro. Una larga y pesada lanza de tres filos; tan gruesa como un yugo es el asta. ¡Relacionad esto, oh FerRogain!

—Fácil para mí es compararlo, pues los hombres de Erín conocen a ese retoño. Es Conall Cernach, hijo de Amorgin. Fue elegido para estar junto con Conaire en este momento. Es al que Conaire ama más que a otro, debido a su semejanza con él en cuanto a forma y figura. ¡Grande es el héroe que está allí, Conall Cernach! A ese escudo rojo como la sangre que está en su puño, tachonado con remaches del bronce blanco, los *ulates* le han dado un nombre famoso, a saber, el *Bricriu* de Conall Cernach.

“¡Juro por lo que jura mi tribu, copiosa será la lluvia de roja sangre que caiga sobre él esta noche frente a la Hospedería! Esa lanza afilada que se alza sobre él, será a muchos a quienes esta noche, delante de la Hospedería, les repartirá bebidas de muerte. Siete umbrales se abren en la casa, y Conall Cernach se las arreglará para estar en cada uno de ellos, y de

ninguno estará ausente. Tres centenares caerán por Conall en el primer conflicto, además de un hombre por cada una de sus armas y otro por él mismo. Él compartirá las proezas con cada uno de la Hospedería y, cuando se le ocurra salir hacia vosotros desde la casa, numerosos como el granizo, la hierba de un prado y las estrellas del cielo serán vuestras medias cabezas, los cráneos hendidos y los huesos bajo la punta de su espada. Tendrá éxito para escapar, aunque herido. ¡Ay del que lleve a cabo la Destrucción, aunque sólo sea por este hombre!

—No podéis—dice Ingcél—. Las nubes de la debilidad están viniendo a vosotros. Una dura ordalía que pondrá en peligro las dos quijadas de una cabra será contrapuesta por el juramento de FerRogain, que continuará vigente...

—¿Y después de eso, qué más visteis?

El cuarto del propio Conaire

—Allí observé un cuarto, adornado más maravillosamente que los otros. Una cortina plateada lo rodeaba, y había ornamentos en el sitio. En él observé un trío. Dos de ellos que estaban más afuera eran, ambos, de cabello y pestañas hermosos, tan brillantes como la nieve. Con un muy encantador rubor en la mejilla de cada uno. En el medio, entre los dos, un agradable muchacho. El ardor y la energía de un rey tiene, y los consejos de un sabio. La capa que vi a su alrededor era pareja como la niebla del Primero de Mayo. Diversos eran el matiz y la apariencia que a cada momento arrojaba sobre él. Cada tonalidad era más encantadora que la otra. Frente a él, en la capa, vi un disco de oro que iba desde su barbilla hasta su ombligo. El color de su cabello era como el brillo del oro fundido. De todas las formas del mundo que vi, éste es el

más hermoso. Advertí a su lado el acero con empuñadura de oro. El largo de un antebrazo de la espada estaba fuera de la vaina. Ese antebrazo..., ¡un hombre en el frente de la casa podría ver un gusanillo por la sombra de la espada! Más dulce es el sonar melodioso de la espada que el sonido de las flautas de oro que acompañan la música en el palacio.

“Entonces —dijo Ingcél—, mirándolo, dije:

Veo un alto y majestuoso príncipe...

Veo un rey famoso...

Veo su blanca diadema de príncipe...

Veo sus dos mejillas de azul intenso...

*Veo el aro elevado... alrededor de su cabeza...
que está sobre su rubio cabello rizado.*

Veo su capa roja, de muchos colores...

Veo en ella un enorme broche de oro...

*Veo su hermosa vestidura de lino...
del tobillo a las rótulas.*

*Veo su espada de dorada empuñadura, repujada,
en su vaina de blanca plata...*

Veo su escudo brillante, blanquecino...

Una torre de oro repujado...

“El dulce guerrero estaba dormido ahora, con los pies en el regazo de uno de los dos hombres y su cabeza en el regazo del otro. Entonces se despertó de su sueño, se levantó, y cantó esta endecha:

*El aullido de Ossar [el perro de Conaire]...
grito de guerreros en la cima de Tol Géisse;
un viento frío sobre los bordes peligrosos:
una noche para destruir a un rey es esta noche.*

“Se durmió otra vez, despertó nuevamente, y cantó estos versos:

*El aullido de Ossar...
una batalla que él anunció:
avasallamiento de un pueblo;
saqueo de la Hospedería.
Afligidos están los campeones;
hombres heridos;
viento de terror;
lanzamiento de jabalinas;
apuro de lucha injusta;
ruina de las casas;
devastación de Tara.
Una herencia extranjera,
como lamento por Conaire.*

*Destrucción del grano;
banquete de armas;
tumulto de gritos;
destrucción del rey de Irlanda;
carruajes bamboleantes.
Opresión del rey de Tara;
los lamentos superarán la risa.
El aullido de Ossar.*

“Él dijo la tercera vez:

*La inquietud me fue mostrada:
una multitud de los Otros;
un anfitrión indolente;
postración de los enemigos;
un conflicto de hombres en el Dodder
[un pequeño río cerca de Dublín,
que se dice que pasaba por el *Bruden*].
Opresión del rey de Tara;
en la juventud fue destruido.
Los lamentos superarán la risa.
El aullido de Ossar.*

“¡Relacionad, oh FerRogain, al que ha cantado esa endecha!

—Fácil es que lo compare —dice FerRogain—. Es ningún “conflicto sin un rey”. Él es el más espléndido, noble, hermoso y poderoso rey que haya habido en el mundo entero. Es el más suave, apacible y perfecto rey que haya venido a él, el mismísimo Conaire, hijo de Eterscél. Él es quien rige sobre todo Erín. No hay defecto en ese hombre, sea en forma, en figura o vestidura, sea en tamaño, aptitud o proporción, sea en el brillo de la mirada o del cabello, sea en sabiduría, habilidad o elocuencia, sea en arma, vestido o aspecto, sea en esplendor, abundancia o dignidad, sea en conocimiento, valor o parentesco.

“Grande es la dulzura del hombre común soñoliento hasta que tiene que decidirse en un hecho del valor. Pero si se despiertan su furia y su valor cuando los campeones de Erín y de Alba están con él en la casa, la Destrucción no será llevada a cabo, siempre y cuando él esté ahí. Seis centenas caerán por Conaire antes de que él alcance sus armas, y siete centenares caerán en su primer conflicto luego de que las obtenga. Juro por el dios por el que jura mi tribu, a menos que se le quite la bebida, aunque no haya ningún otro en la casa, sino solamente él, sostendría la Hospedería hasta que llegara la ayuda que cada hombre apercibiría para él desde la Ola del Clidna [en la bahía de Glandore, condado de Cork] hasta la Ola de Assaroe [en Ballyshannon, condado de Donegal] mientras vos estáis en la Hospedería.

“Siete puertas hay en la casa, y en cada una cien guerreros caerán por su mano. Y cuando cada uno en la casa haya dejado de empuñar su arma, entonces él recurrirá a una proeza. Y si escoge salir hacia vosotros desde la casa, tan numerosos como el granizo y la hierba de un prado serán las mitades de vuestras cabezas, de vuestros cráneos hendidos y los huesos bajo el borde de su espada.

“En mi opinión, él no intentará salir de la casa. Queridos para él son los dos que están con él en el cuarto, sus dos parientes por adopción, Dris y Snithe. Tres veces cincuenta guerreros caerán frente a cada uno de ellos delante de la Hospedería, y no más lejos que a un pie de él, en este lado y en aquél, ellos también caerán.

—¡Ay de aquel que lleve a cabo la Destrucción, si sólo fuera por ese par y por el príncipe que está entre ellos, el rey supremo de Erín, Conaire, hijo de Eterscél! ¡Sería triste apagar ese reinado! —dice Lomna Drúth, hijo de Donn Désa.

—No podéis —dice Ingcél—. Las nubes de la debilidad están viniendo a vosotros. Una dura ordalía que pondrá en peligro las dos quijadas de una cabra será contrapuesta por el juramento de FerRogain, que continuará vigente...

—¡Buen motivo tenéis, oh Ingcél! —dice Lomna, hijo de Donn Désa—. No es para vos la pérdida causada por la Destrucción, pues os llevaréis la cabeza del rey de otro país, y vos mismo escaparéis. Pero es difícil para mí, pues seré el primero en ser muerto en la Hospedería.

—¡Ay de mí! —dice Ingcél—. Sin duda alguna, seré el cadáver más frágil...

—¿Y a quién más visteis luego?

El cuarto de la retaguardia

—Allí vi a doce hombres en cañizos plateados, todos alrededor de la habitación del rey. Suave cabello rubio tenían. Usaban faldas azules. Igualmente hermosos eran; igualmente robustos; igualmente bien proporcionados. Una espada con empuñadura de marfil en la mano de cada

hombre, y no las bajaban, sino a las fustas que llevaban para los caballos que estaban alrededor del cuarto. ¡Relacionad esto, oh FerRogain!

—Me es fácil decirlo. Los guardias del rey de Tara están allí. Éstos son sus nombres: los tres Lond de la llanura de Liffey, los tres Art de Ath Cliath [Dublín], los tres Buder de Buagnech y los tres Trénfer de Cuilne. Juro por lo que jura mi tribu, muchos serán muertos por ellos alrededor de la Hospedería.

“Y escaparán de ella aunque estén heridos. ¡Ay de aquel que lleve a cabo la Destrucción si sólo fuera por esa agrupación! Y luego, ¿a quién más visteis allí?”

LéFri Flaith, hijo de Conaire, cuyo aspecto es éste

—Allí observé a un muchacho cubierto de pecas rojas con un capote púrpura. Se está lamentando. Un lugar donde está el rey de una provincia, a quien cada hombre pone en su regazo.

“Ahí está él con una plateada silla azul bajo su sitial en el medio de la casa, y se lamenta. ¡Verdaderamente triste, entonces, es para sus acompañantes escucharlo! Tres mechones tiene ese muchacho, y éstos son los tres: cabello verde, cabello púrpura y cabello dorado. No sé si son apariencias, o si son tres clases de pelo que tiene naturalmente. Pero sé que es malo lo que teme para esta noche. Observé tres veces cincuenta muchachos en sillas de plata a su alrededor, y había quince juncos en la mano de ese muchacho de pecas rojas, con una espina en el extremo de cada uno. Y éramos quince hombres, y nuestros quince ojos derechos fueron cegados por él, y él cegó una de mis siete pupilas —dijo Ingcél—. ¿Conoces otro igual, oh FerRogain?”

—¡Fácil es que lo ubique! —FerRogain lloró hasta que derramó lágrimas de sangre sobre sus mejillas—. ¡Ay de él! —dijo—. Ese niño es un “retoño de la contención” para los hombres de Erín y los de Alba por la hospitalidad, forma, manera y don para cabalgar. ¡Triste es su exterminio! ¡Es “un cerdo para el asador”, es un bebé en edad! ¡El mejor príncipe de corona que haya habido en Erín! El chico de Conaire, hijo de Eterscél; LÉFri Flaith es su nombre. Siete años es su edad. Me parece muy probable que sea desdichado debido a los muchos aspectos de su pelo y a las varias tonalidades que asume en él. Ésa es su compañía particular, los tres veces cincuenta muchachos que están a su alrededor.

—¡Ay —dice Lomna— del que lleve a cabo la Destrucción, si sólo fuera debido a ese muchacho!

—No podéis —dice Ingcél—. Las nubes de la debilidad están viniendo a vosotros. Una dura ordalía que pondrá en peligro las dos quijadas de una cabra será contrapuesta por el juramento de FerRogain, que continuará vigente...

—Y después, ¿que más visteis allí?

El cuarto de los escanciadores

—Allí vi seis hombres delante del mismo cuarto. Hermosas melenas rubias sobre ellos; con capas verdes; broches de estaño para cerrarlos. Medio caballos [centauros] son ellos, como Conall Cernach. Cada uno arroja su capa alrededor del otro tan rápido que gira como la rueda de un molino. Vuestros ojos apenas pueden seguirlos. ¡Relacionad esto, oh FerRogain!

—Esto es fácil para mí. Ésos son los seis escanciadores del rey Tara, a saber, Uan, Broen, Banna, Delt, Drucht y Dathen. Esa hazaña no obstaculiza sus tareas ni les embota la inteli-

gencia. ¡Buenos son los guerreros que están allí! Tres veces su número caerá por ellos. Compartirán proezas con otros seis cualesquiera en la Hospedería y escaparán de sus enemigos, pues están fuera del *shíd*. Son los mejores escanciadores de Erín. ¡Ay del que lleve a cabo la Destrucción, aunque sólo fuera por ellos!

—No podéis—dice Ingcél—. Las nubes de la debilidad están viniendo a vosotros. Una dura ordalía que pondrá en peligro las dos quijadas de una cabra será contrapuesta por el juramento de FerRogain, que continuará vigente...

—Y después de eso, ¿qué más visteis allí?

El cuarto de Tulchinne, el juglar

—Allí observé a un gran campeón, delante del mismo cuarto, en el piso de la casa. La vergüenza de la calvicie está en él. Blanca como una hebra de algodón de la montaña es cada pelo que crece en su cabeza. Pendientes de oro rodean sus orejas. Lleva un colorido manto moteado. Nueve espadas en la mano, nueve escudos de plata, y nueve manzanas de oro. Lanza cada cosa hacia arriba, ninguna cae a tierra, y sólo conserva un objeto en su palma; lo que sube y baja más allá del resto es como el movimiento de aquí para allá de las abejas en un día hermoso. Cuando iba más rápido, observé su hazaña y, mientras miraba, lanzó un grito y todo cayó al piso de la casa. Entonces el príncipe que está en la morada le dijo al juglar: “Hemos estado juntos desde que erais un muchachito, y hasta esta noche vuestros malabares nunca os fallaron”. “¡Ay, ay, hermoso amo Conaire, buena causa tengo! Un ojo penetrante e iracundo me ha mirado, un hombre con una tercera pupila que ve el movimiento de los nueve círculos.

¡Poco de esa agudeza es para él, mirada airada! Las batallas se pelean con eso”, dijo. “Se sabrá hasta el Día de Juicio que hay maldad frente a la Hospedería”.

“Entonces tomó las espadas en su mano, los escudos de plata y las manzanas de oro; de nuevo lanzó un grito y todo estaba en el piso de la casa. Eso lo sorprendió; suspendió el juego y dijo:

*¡Oh FerCaille, alzaos!
No... su matanza.
¡Sacrificad vuestro cerdo!
¡Descubrid quién está delante de la casa
para dañar a los hombres de la Hospedería!*

“‘Están’, dijo, ‘FerCualngi, FerLé, FerGar, FerRogel, FerRogain. Han anunciado un hecho que no es poco: la aniquilación de Conaire por los cinco hijos de Donn Désa, por los cinco amados hermanos adoptivos de Conaire’.

“¡Relacionad esto, oh FerRogain! ¿Quién ha cantado esa endecha?

—Fácil para que lo relacione —dice FerRogain—. Tulchinne, el principal juglar del rey de Tara; él es prestidigitador de Conaire. De gran fuerza es ese hombre. Tres veces nueve caerán por él en su primer encuentro, compartirá proezas con cada uno de la Hospedería y tendrá la ocasión de escapar de ahí, si bien herido. ¿Entonces qué? Incluso sólo por ese hombre la Destrucción no debe ser llevada a cabo.

—¡Larga vida para el que lo perdone! —dice Lomna Drúth.

—No podéis —dice Ingcél—. Las nubes de la debilidad están viniendo a vosotros. Una dura ordalía que pondrá en peligro las dos quijadas de una cabra será contrapuesta por el juramento de FerRogain, que continuará vigente...

El cuarto de los porqueros

—Observé un trío en el frente de la casa: tres mechones oscuros; tres vestidos verdes a su alrededor; tres capas oscuras encima; tres horquillas [?] sobre ellos al lado de la pared. Seis chicharrones negros tenían en el espetón. ¿Quiénes son, oh FerRogain?

—Fácil se dice —respondió FerRogain—: los tres porqueros del rey, Dub, Donn y Dorcha; tres hermanos son ellos, los tres hijos de Mapher de Tara. ¡Larga vida al que los proteja! ¡Ay del que los mate! ¡Pues mayor triunfo sería protegerlos que matarlos!

—No podéis —dice Ingcél—. Las nubes de la debilidad están viniendo a vosotros. Una dura ordalía que pondrá en peligro las dos quijadas de una cabra será contrapuesta por el juramento de FerRogain, que continuará vigente...

El cuarto de los aurigas principales

—Observé otro trío frente a ellos: tres placas de oro en sus frentes; tres delantales cortos usan, de lino gris bordado con oro; tres capas carmesíes sobre ellos; tres agujones de bronce en sus manos. ¡Relacionad esto, oh FerRogain!

—Los conozco —contestó—. Cul, Frecul y Forcul, los tres cocheros del rey; los tres de la misma edad, hijos de Vara y de Yugo. Un hombre morirá por cada una de sus armas, y compartirán el triunfo de la matanza.

Parte IV

El cuarto de Cuscraid, hijo de Conchobar

—Observé otra habitación. En ella había ocho espadachines, y entre ellos un jovencito. De cabello negro, tartamudea mucho al hablar. Toda la gente de la Hospedería escucha sus consejos. Es el más hermoso de los hombres; usa una camisa y una capa rojo brillante, con un broche de la plata sobre ella.

—Lo conozco —dice FerRogain—. Es Cuscraid Menn de Armagh, hijo de Conchobar, que está como rehén del rey. Y sus guardias son esos ocho espadachines que están a su alrededor, a saber, los dos Flann, los dos Cummain, los dos Aed y los dos Crimthan. Compartirán proezas con cada uno en la Hospedería, y tendrán la ocasión de escaparse de ella con su protegido.

El cuarto de los aurigas subalternos

—Vi nueve hombres; estaban junto a la columna. Nueve capas llevaban, con un lazo púrpura. Una placa de oro en el cabeza de cada uno. Nueve agujones en sus manos. Relacionadlos.

—Los conozco —dijo FerRogain—. Riado, Riamcobur, Riade, Buadon, Buadchar, Buadgnad, Eirr, Ineir y Argatlam, nueve aprendices de los tres aurigas principales del rey. Un hombre perecerá a manos de cada uno de ellos, compartirán hazañas con cada uno de la Hospedería y tendrán la ocasión de escaparse, aunque heridos.

El cuarto de los ingleses

—En el lado norte de la casa observé nueve hombres. Tenían nueve melenas muy rubias. Nueve vestidos de lino algo cortos los envolvían; nueve mantos púrpuras sin broches los cubrían. Nueve lanzas anchas, y nueve escudos curvos rojos sobre ellos.

—Los conocemos —dijo él—. Oswald y sus dos hermanos adoptivos, Osbrit de la Larga Mano y sus dos hermanos adoptivos, Lindas y sus dos hermanos adoptivos. Tres príncipes de corona de Inglaterra que están con el rey. Ese equipo compartirá hazañas victoriosas con cualesquiera otro de la Hospedería y, si bien con heridas, tendrá ocasión de escaparse de ella.

El cuarto de los palafreneros

—Observé otro trío. Tres matas de cabello en la cabeza, tres vestiduras y tres capas que los envolvían. Un látigo en la mano de cada uno.

—Los conozco —dijo FerRogain—. Echdruim, Echriud, Echruathar, los tres jinetes del rey, es decir, sus tres palafreneros. Son tres hermanos, los hijos de Argatron. ¡Ay del que lleve a cabo la Destrucción, si sólo fuera por ese trío!

El cuarto de los jueces

—Observé otro trío en la habitación junto a ellos. Un hombre atractivo que había obtenido su calvicie recientemente. Junto a él estaban dos hombres jóvenes con melenas. Llevaban tres mantos policromos. Un alfiler de plata en cada capa. Tres juegos de corazas sobre ellos en la pared. ¡Relacionad esto, oh FerRogain!

—Los conozco —dijo él—. Fergus Ferde, Fergus Fordae y Domáine Mossud, éstos son los tres jueces del rey. ¡Ay del que lleve a cabo la Destrucción, aunque sólo fuera por ese trío! Un hombre morirá por cada uno de ellos.

El cuarto de los arpistas

—Al este de ellos observé otros nueve, con melenas rizadas y alborotadas. Nueve capas grises y ondeantes; nueve fíbulas de oro en sus capas. Nueve brazaletes de cristal y un anillo de oro en cada pulgar; un aro oro en cada oreja y un torque de plata en cada garganta. Nueve bolsos con frentes de oro en la pared. Nueve varas de plata blanca en sus manos. Relacionad-los.

—Los conozco —dijo FerRogain—. Son los nueve arpistas del rey, con sus nueve arpas sobre ellos: Side y Dide, Dulothe y Deichrinne, Gaumul y Cellgen, Ol y Olene y Olchoi. Un hombre morirá por cada uno de ellos.

El cuarto de los encantadores

—Vi otro trío en el pabellón. Tres batas ceñidas a su alrededor. Escudos cuadrangulares en sus manos, con bloca de oro en ellos. Manzanas de plata tenían, y pequeñas lanzas tarceadas.

—Los conozco —dice FerRogain—. Cless, Clissine y Clessamun, los tres encantadores del rey. Tienen la misma edad; tres hermanos, los hijos de Naffer Rochless. Un hombre morirá por cada uno de ellos.

El cuarto de los tres satiristas

—Observé otro trío casi junto al mismo cuarto del rey. Tres capas azules los envolvían, y tres batas con diseños rojos los cubrían. Sus armas estaban colgadas sobre ellos en la pared.

—Los conozco —dijo él—. Dris, Draigen y Aittit [“Espina”, “Zarza” y “Aulaga”], los tres satiristas del rey, los hijos de Sciath Foilt. Un hombre morirá por cada una de sus armas.

El cuarto de las “badbs”

—Observé un trío, desnudo, en la cumbreira de la casa; chorros de sangre fluyen a través de sus cuerpos, y las cuerdas de su matanza tienen en los cuellos.

—Sé lo que son ésas —dijo él—; tres... de un presagio tremendo. Ésas son las tres que son asesinadas todo el tiempo.

El cuarto de los cocineros

—Observé un trío que cocinaba, con cortos delantales ornamentados: un bello hombre canoso, y dos jóvenes en su compañía.

—Conozco a éstos —dijo FerRogain—: son los tres cocineros principales del rey, a saber, el Dagdae y sus dos adoptados, Seig y Segdae, los dos hijos de Rofer Espetón Único. Un hombre morirá por cada uno de ellos, compartirán hazañas con cada uno de la Hospedería y tendrán la ocasión de escaparse.

—Observé otro trío allí. Tres placas de oro sobre sus cabezas. Tres capas motedas sobre ellos; tres camisas de lino con diseños rojos; tres broches de oro en sus capas; tres dardos de madera sobre ellos en la pared.

—Los conozco —dice FerRogain—; los tres poetas de ese rey, Sui, Rodui y Fordui; los tres de la misma edad, tres hermanos: los tres hijos de Maphar del Canto Poderoso. Un hombre perecerá por cada uno de ellos, y cada par conservará entre ellos la victoria de un hombre. ¡Ay del que lleve a cabo la Destrucción, aunque sólo fuera por ellos!

El cuarto de los guardias personales

—Allí observé dos guerreros de pie junto al rey. Dos escudos curvos tenían, y dos grandes espadas puntiagudas. Faldas rojas llevaban y, en las capas, fíbulas de plata blanca.

—Tronco y Raíz son éstos —dijo él—, los dos guardias del rey, los hijos de Maffer Toll.

El cuarto de los guardias del rey

—Observé nueve hombres en una habitación delante del mismo cuarto. Bellas melenas rubias sobre ellos; llevaban túnicas cortas, capas moteadas y escudos repujados. Una espada con empuñadura de marfil en la mano de cada uno de ellos, y a cualquiera que entra en la casa tratan de golpearlo violentamente con las espadas. Nadie se atreve a ir al cuarto del rey sin su consentimiento. ¡Relacionad esto, oh FerRogain!

—Fácil para mí es eso. Los tres Mochmatnech de Meath, los tres Buageltach de Bregia, los tres Sostach de Sliab Fuait, los nueve guardias de ese rey. Nueve decenas caerán por ellos en su primer encuentro, un hombre por cada una de sus armas, y uno por cada uno de ellos mismos. Y se jactarán de un triunfo sobre un rey o un jefe de los forajidos. ¡Ay del que lleve a cabo la Destrucción, sólo debido a ellos!

—No podéis —dice Ingcél—. Las nubes de la debilidad están viniendo a vosotros. Una dura ordalía que pondrá en peligro las dos quijadas de una cabra será contrapuesta por el juramento de FerRogain, que continuará vigente...

—¿Y a quién más visteis, entonces?

El cuarto de Nia y de Bruthne, los dos camareros de Conaire

—Allí observé otra habitación y había dos hombres en ella, fuertes y anchos como un buey. Vestían delantales y eran morenos. Llevaban el cabello corto detrás, pero abundante en la

frente. Son tan rápidos como la rueda de un molino de agua, cuando se pasan uno al otro, el uno hacia el cuarto del rey, el otro hacia el fogón. ¡Relacionadlos, oh FerRogain!

—Fácil para mí. Son Nia y Bruthne, los dos criados de Conaire. Son el mejor par de Erín para atender a su señor. Frecuentar el fuego es lo que los vuelve oscuros y les deja el cabello así. En el mundo no hay mejor par en su arte que ellos. Tres veces nueve hombres perecerán por ellos en su primer encuentro, compartirán proezas con todos, y tendrán ocasión de escaparse. Y después eso, ¿a quién más visteis?

El cuarto de Sencha, Dubthach y Gobniu, hijo de Lurgnech

—Contemplé la habitación que está al lado de la de Conaire. Tres adalides, que apenas comienzan a encanecer, estaban ahí. Tan gruesa como la cintura de un hombre es cada una de sus extremidades. Tienen tres espadas negras, cada una tan larga como el travesaño de un telar. Esas espadas partirían un pelo en el agua. Una gran lanza en la mano del hombre del medio, con cincuenta remaches que la atraviesan. Su asta sería adecuada para construir el yugo de un arado. El hombre del medio blande esa lanza de manera que su borde tachonado apenas cabe ahí adentro, y la golpea en el medio tres veces contra la palma de su mano. Hay un gran caldero delante de ellos, tan grande como para cocinar un becerro, en donde hay un líquido negro y horrible. Por su parte, él hunde la lanza en ese líquido negro. Si se demorase en apagar las llamas que se apoderan del asta, se supondría que hay un dragón ardiente en la cima de la casa. ¡Relacionad esto, oh FerRogain!

—Fácil se dice. Tres héroes que son los mejores para empuñar las armas en Erín, a saber, Sencha, el hermoso hijo de Ailill, Dubthach Chafer de Ulaid, y Goibnenn, hijo de Lurgnech. Y la *Luin* de Celtchar, hijo de Uthider, que fue encontrada en la batalla de Mag Tured, está en la mano de Dubthach Chafer de Ulaid. Esa hazaña es usual para ella cuando está madura para verter la sangre de los enemigos. Un caldero lleno de veneno es necesario para apagarla cuando se espera una matanza de hombres. A menos que se le haga eso a la lanza, el asta se incendiará y pasará a través de su portador o del señor del palacio en donde esté. Si fuera sólo un golpe lo que diera, aun así mataría a un hombre con cada uno, cuando está en esa situación, de una hora a otra, aunque no llegue a alcanzarlo. Y si es arrojada, matará a nueve hombres en cada lanzamiento, y uno de los nueve será un rey o un príncipe de corona o un cacique de los forajidos.

“Juro por lo que jura mi tribu, habrá una multitud entre la cual la *Luin* de Celtchar repartirá esta noche bebidas de muerte delante de la Hospedería. Juro por el dios por el que jura mi tribu que, en su primer encuentro, tres centenas caerán por ese trío, y esta noche compartirán proezas con cualesquiera otros tres de la Hospedería. Y se jactarán de la victoria sobre un rey o un jefe de los forajidos, y los tres tendrán la ocasión de escaparse.

—¡Ay —dice Lomna Drúth—del que lleve a cabo la Destrucción, aunque sólo fuera debido a ese trío!

—No podéis —dice Ingcél—. Las nubes de la debilidad están viniendo a vosotros. Una dura ordalía que pondrá en peligro las dos quijadas de una cabra será contrapuesta por el juramento de FerRogain, que continuará vigente...

El cuarto de los tres gigantes de Man

—Allí observé un cuarto con un trío en él. Tres hombres poderosos, varoniles, arrogantes, con un aspecto horrible y retorcido que nadie puede soportar al verlos. Una visión espantosa debido al terror que inspiran. Un ... vestido del pelo áspero los cubre... de pelo de vaca, sin ropa que los envuelva hasta los rectos talones. Con tres melenas equinas, tremendas, majestuosas, que caen a sus costados. Héroes feroces que esgrimen, contra las espadas de duros golpes del enemigo, un golpe que dan con tres mayales de hierro que tienen siete cadenas de tres vueltas, con tres bordes, con siete bolas de hierro en el extremo de cada cadena, cada una de ellas tan pesadas como un lingote de metal. Tres grandes hombres morenos. Oscuras crines equinas les llegan a los talones. Dos buenos tercios del pellejo de un buey en la faja alrededor de sus cinturas, y cada broche cuadrangular que la cierra tan grueso como el muslo de un hombre. El vestido que los envuelve es el que crece a través de ellas. Las trenzas de sus crines se desparramaban, y una larga vara de hierro, tan larga y gruesa como el extremo de un yugo, estaba en la mano de cada hombre; una cadena de hierro salía del extremo de cada clava, y en el extremo de cada cadena había una maza de hierro tan larga y gruesa como la parte media de un yugo. Están de pie en la casa con su melancolía, y el horror de su aspecto es suficiente. No había nadie en la casa que no los estuviera evitando. ¡Relacionad esto, oh Fer-Rogain!

FerRogain hizo silencio. —Me es difícil identificarlos. No conozco a nadie en el mundo así, a menos que sea aquel trío de gigantes al que CúChulainn le dio cuartel en el asedio a los hombres de Falga, y que cuando lo conseguían mataron a cincuenta guerreros. Pero CúChu-

lainn no dejaría que los mataran, debido a su prodigiosidad. Éstos son los nombres de los tres: Srubdaire, hijo de Dordbruige, Conchenn de Cenn Maige, y Fiad Sceme, hijo de Scipe. Conaire se los compró a CúChulainn... por eso están junto con él. Tres centenares caerán por ellos en su primer encuentro, y sobrepasarán el valor de cada tres en la Hospedería; si vienen contra vosotros, vuestros fragmentos serán capaces de pasar a través de un cedazo, por la forma en la que os destruirán con los mayales de hierro. ¡Ay del que lleve a cabo la Destrucción, aunque sólo sea a causa de esos tres! Pues combatir contra ellos no es un “peán sobre un holgazán”.

—No podéis —dice Ingcél—. Las nubes de la debilidad están viniendo a vosotros. Una dura ordalía que pondrá en peligro las dos quijadas de una cabra será contrapuesta por el juramento de FerRogain, que continuará vigente...

—Y después de eso, ¿qué más visteis allí?

El cuarto de Dá Derga

—Ahí observé otra habitación, con un hombre adentro y delante de él dos criados con melenas. Uno de los dos, oscuro; el otro, hermoso. Cabello rojo el del guerrero, y cejas rojas. Dos mejillas rubicundas tenía, y una intensa y hermosa mirada azul. Usaba una capa verde y una camisa con una capucha blanca y adornos rojos. En su mano tenía una espada con empuñadura de marfil; él provee la atención en cada lugar de la casa con cerveza y alimento, y se apresura para servir a todos sus huéspedes. ¡Relacionad esto, oh FerRogain!

—Conozco a esos hombres. Aquél es Dá Derga. Es por él que se construyó la Hospedería y, desde que se la edificó, sus puertas nunca se cierran, excepto del lado por donde viene el viento

—la hoja se cierra contra él—; desde que comenzó a manejar la casa su caldero nunca se sacó del fuego, sino que ha estado cociendo el alimento para los hombres de Erín. El par frente a él, esos dos jóvenes, son sus protegidos, los dos hijos del rey de Leinster, a saber, Muredach y Corpre. Tres decenas caerán por ese trío delante de su casa y se jactarán de la victoria sobre un rey o un jefe de los forajidos. Después de que eso, ellos tendrán la ocasión de escaparse.

—¡Larga vida al que los proteja! —dice Lomna—. ¡Sería mejor el triunfo de salvarlos que el triunfo de aniquilarlos! Deberían ser perdonados aunque sólo fuera a causa de ese hombre. Se debería llamar a darle cuartel —dice Lomna Drúth.

—No podéis —dice Ingcél—. Las nubes de la debilidad están viniendo a vosotros. Una dura ordalía que pondrá en peligro las dos quijadas de una cabra será contrapuesta por el juramento de FerRogain, que continuará vigente...

—Y después de eso, ¿a quién más visteis allí?

El cuarto de los tres campeones de los Montículos

—Allí observé una habitación con un trío adentro. Tres capas rojas usaban, tres camisas rojas, y los tres tenían la cabellera roja. Rojos eran todos ellos hasta los dientes. Tres escudos rojos sobre ellos. Tres lanzas rojas en sus manos. Tres caballos rojos con sus frenillos delante de la Hospedería. ¡Relacionad esto, oh FerRogain!

—Fácilmente se hace. Tres campeones que forjaron falsedad en los *shíde*. Ése es el castigo impuesto sobre ellos por el rey de los *shíde*: ser destruidos tres veces por el rey de Tara. Conaire, el hijo de Eterscél, es el último rey por el que son destruidos. Esos hombres se

escaparán de vosotros. Para su propia destrucción han venido. Pero no serán muertos, ni matarán a nadie. Y después de eso, ¿a quién más visteis?

El cuarto de los porteros

—Allí observé un trío en el medio de la casa, junto a la puerta. Tres mazas huecas en sus manos. Rápido como una liebre era cada uno al rodear a los otros hacia la puerta. Llevaban delantales y tenían capas grises y moteadas. ¡Relacionad esto, oh FerRogain!

—Fácilmente se hace; ésos son los tres porteros del rey de Tara, a saber, Echur [“Llave”], Tochur y Tecmang, los tres hijos de Ersa [“Jamba”] y Comla [“Hoja”]. Tres veces su número caerá por ellos, y compartirán entre ellos el triunfo de un hombre. Tendrán ocasión de escaparse, aunque heridos.

—¡Ay del que lleve a cabo la Destrucción, aunque sólo fuera debido a ese trío! —dice Lomna Drúth.

—No podéis —dice Ingcél—. Las nubes de la debilidad están viniendo a vosotros. Una dura ordalía que pondrá en peligro las dos quijadas de una cabra será contrapuesta por el juramento de FerRogain, que continuará vigente...

—Y después de eso, ¿a quién más visteis?

El cuarto de FerCaille

—Allí observé frente al fuego a un hombre con una mata de cabello negro, con un solo ojo, un pie y una mano, que tenía sobre la lumbre un chamuscado y calvo cerdo negro, que chillaba

continuamente, en compañía de una mujer con una boca enorme. ¡Relacionad esto, oh FerRogain!

—Fácilmente se hace: FerCaille con su cerdo y su esposa Cichuil. Ellos (la esposa y el cerdo) son sus instrumentos apropiados en la noche en que vosotros destruís a Conaire, rey de Erin. ¡Ay del invitado que pase entre ellos! FerCaille con su cerdo es uno de los *geas* de Conaire.

—¡Ay del que lleve a cabo la Destrucción...! —dice Lomna Drúth.

—No podéis —dice Ingcél—. Las nubes de la debilidad están viniendo a vosotros. Una dura ordalía que pondrá en peligro las dos quijadas de una cabra será contrapuesta por el juramento de FerRogain, que continuará vigente...

—Y después de eso, ¿a quién más visteis allí?

El cuarto de los tres hijos de Báithis de Britania

—Ahí observé una habitación con tres veces nueve ocupantes. Hermosas melenas rubias, y ellos igualmente hermosos. Cada uno usaba una capa negra, y cada capa tenía una capucha blanca, un penacho rojo en cada capucha y un broche de hierro en la abertura de cada capa, y debajo del manto de cada hombre una enorme espada negra, y las espadas partirían un pelo en el agua. Llevan escudos festoneados. ¡Relacionadlos, oh FerRogain!

—Fácil se hace. Ésa es la banda de ladrones de los tres hijos de Báithis de Britania. Tres veces nueve caerán por ellos en su primer combate, y entre ellos compartirán el triunfo de un hombre. Y después eso, ¿a quién más visteis?

El cuarto de los mimos

—Allí observé un trío de bufones casi junto al fuego. Tres capas pardas usaban. Si los hombres de Erín estuvieran en un lugar, aunque el cadáver de su madre o de su padre estuviese delante de cada uno, no podrían dejar de reírse de ellos. Dondequiera que el rey de una provincia esté en la casa, nadie consigue sentarse en su cama debido a ese trío de bufones. Cada vez que los ojos del rey los visita sonrío en cada vistazo. ¡Relacionad esto, oh FerRogain!

—Fácil se hace. Mael, Mlithé y Admlithé, éstos son los tres bufones el rey de Erín. Por cada uno de ellos morirá un hombre, y entre ellos compartirán el triunfo de un hombre.

—¡Ay —dice Lomna Drúth— del que lleve a cabo la Destrucción, aunque sólo fuera debido a ese trío!

—No podéis —dice Ingcél—. Las nubes de la debilidad están viniendo a vosotros. Una dura ordalía que pondrá en peligro las dos quijadas de una cabra será contrapuesta por el juramento de FerRogain, que continuará vigente...

—Y después de eso, ¿a quién más visteis allí?

El cuarto de los coperos

—Allí observé un cuarto con un trío adentro. Tres flotantes capas grises usaban. Había una copa de agua delante de cada hombre, y en cada copa un manojo de berros. ¡Relacionad esto, oh FerRogain!

—Fácilmente se lo hace. Negro, Pardo y Oscuro, son los tres coperos del rey de Tara, a saber, los hijos de Día y de Noche. Y después de eso, ¿a quién más visteis allí?

El cuarto de Nar, el bizco del ojo izquierdo

—Allí observé a un tuerto que miraba de soslayo con un ojo ruinoso. En el fuego tenía la cabeza de un cerdo, que chillaba continuamente. ¡Relacionad esto, oh FerRogain!

—Es fácil para mí nombrarlo. Es Nar, el tuerto del ojo izquierdo, el porquero de Bodb del *shíd* de Femen; él está sobre lo que se cocina. Sangre es lo que siempre se repartió en cada banquete en el cual haya estado presente.

—¡Arriba, entonces, vosotros, campeones! —dice Ingcél—. ¡Y tomad la casa!

Con eso los forajidos marchan a la Hospedería, y produjeron un murmullo a su alrededor.

—¡Silencio un momento! —dice Conaire—. ¿Qué es eso?

—Campeones en la casa —dice Conall Cernach.

—Hay guerreros para ellos aquí —responde Conaire.

—Se los necesitará esta noche —replicó Conall Cernach.

Entonces Lomna Drúth fue al frente de la horda de forajidos hasta la Hospedería. Los porteros le cortaron la cabeza. Después fue lanzada tres veces al interior de la Hospedería, y tres veces la arrojaron desde allí, como él mismo había predicho.

Luego el propio Conaire sale de la Hospedería junto con alguna de su gente, se entabla un combate con la horda de los forajidos, y seis centenas caen por Conaire antes de que él pudiera tomar sus armas. Entonces la Hospedería es incendiada tres veces, y por lo tanto tres veces se apaga el fuego; y se considera que la Destrucción nunca habría tenido lugar si Conaire no se hubiera armado.

Tras eso, Conaire volvió a buscar sus armas, se equipa con las piezas de su arnés, y se lanza a combatir contra los forajidos, junto con la banda que él tenía. Entonces, después de empuñar sus armas, seis centenas caen por él en el primer encuentro.

Después de eso los forajidos fueron puestos en fuga. —Os había dicho—dice FerRogain, el hijo de Donn Désa—que si los campeones de los hombres de Erín y de Alba atacaban a Conaire en la casa, la Destrucción no tendría lugar a menos que se calmaran su furia y su valor.

—Corto su tiempo será—dicen los magos que están con los forajidos. Ésta fue la calma que trajeron: una escasez de bebida que se apoderó de él.

Conaire entró después de eso en la casa y pidió algo para beber.

—¡Una bebida para mí, oh maestro MacCecht!—dice Conaire.

Dice MacCecht: —Ésa no es la orden que hasta ahora he tenido de vos, daros de beber. Hay despenseros y coperos que os traen la bebida. La orden que hasta ahora he tenido de vos es protegeros cuando los campeones de los hombres de Erín y de Alba pueden atacaros alrededor de la Hospedería. Saldréis ileso de ellos, y ninguna lanza entrará en vuestro cuerpo. Pedid una bebida a vuestros despenseros y coperos.

Entonces Conaire les pidió bebida a sus despenseros y coperos que estaban en la casa.

—En primer lugar, no hay ninguna —dicen—; todos los líquidos que había en la casa se volcaron sobre los fuegos.

Los coperos no encontraron ni un trago para él en el [río] Dodder, y el Dodder había atravesado la casa.

Entonces Conaire pidió otra vez algo para beber. —¡Una bebida para mí, oh pariente, oh MacCecht! Me da lo mismo ir a la muerte, porque de todos modos pereceré.

En consecuencia, MacCecht le dio una opción a los campeones de los hombres de Erín que estaban en la casa: quedarse para proteger al rey o buscarle un trago.

Conall Cernach contestó esto en la casa (él juzgaba cruel la discusión, y luego siempre hubo enemistad con MacCecht): —Déjadnos la defensa del rey a *nosotros* —dice Conall—, e id a buscar la bebida, pues a vos os fue pedida.

Así que MacCecht se fue a buscarla, tomó al hijo de Conaire, LÉFri Flaith, bajo su brazo, y la copa de oro de Conaire, en la cual podían ser hervidos un buey con un cerdo de tocino; y llevó su escudo, sus dos lanzas y su espada, y el espetón del caldero, un espetón de hierro.

Irrumpió sobre ellos y delante de la Hospedería repartió nueve golpes con el espetón de hierro, y con cada golpe caen nueve de los forajidos. Entonces realiza una proeza inclinando el escudo y una hazaña con el borde de la espada sobre su cabeza, y descargó un agresivo ataque sobre ellos. Seis centenas cayeron en el primer encuentro, y luego de derribar a centenares se abre paso a través de la banda.

Los hechos de la gente de la Hospedería, éstos son los que se examinan seguidamente.

Conall Cernach se levanta, toma sus armas, sale por la puerta de la Hospedería, y rodea la casa. Tres centenas caen por él, arroja a los forajidos tres muros de piedra más allá de la Hospedería, se jacta del triunfo sobre un rey y regresa, herido, a la Hospedería.

Cormac Condlongas sale, y sus nueve camaradas con él, y liberan sus ímpetus sobre los forajidos. Nueve grupos de nueve caen por Cormac y nueve grupos de nueve por su gente, y un hombre por cada arma y un hombre por cada hombre. Y Cormac se jacta de la muerte de un jefe de los forajidos. Tienen éxito en escapar, aunque están heridos.

El trío de los pictos sale adelante de la Hospedería, y se pone a manejar sus armas contra los forajidos. Y nueve grupos de nueve caen por ellos, y tienen la oportunidad de escapar, aunque están heridos.

Los nueve gaiteros avanzan y su trabajo guerrero se desata sobre los forajidos; luego tienen éxito en escaparse.

Después llega, no obstante, pues es largo contarlos, el cansancio de la mente, la confusión de los sentidos, el tedio de los oyentes, la superfluidad de la narración de relatar dos veces las mismas cosas. Pues la gente de la Hospedería salió en orden, luchó sus combates con los forajidos, que cayeron por ellos, como FerRogain y Lomna Drúth le habían dicho a Ingcél, a saber, que la gente de cada habitación continuamente haría una salida, libraría combate y luego escaparía. De modo que nadie se quedaría en la Hospedería en compañía de Conaire, excepto Conall, Sencha y Dubthach.

Ahora bien, por el ardor vehemente y la grandeza del encuentro en el que Conaire había luchado, la gran sequedad de su sed lo atacó, y desfalleció por la fiebre que lo consumía, pues

no consiguió una bebida. Así que, cuando el rey murió, esos tres salieron de la Hospedería, efectuaron un atrevido golpe de mano contra los forajidos, y se alejaron de ella, heridos, quebrantados y maltrechos.

En lo que concierne a MacCecht, sin embargo, siguió su camino hasta que alcanzó el Pozo de Casair, que estaba cerca de ahí, en Crich Cualann; pero con el agua que encontró allí no pudo llenar la copa, es decir, la copa de oro de Conaire que él había llevado en la mano. Antes de la mañana había recorrido los principales ríos de Erín, a saber, el Bush, el Boyne, el Bann, el Barrow, el Neim, el Luae, el Laigdae, el Shannon, el Suir, el Sligo, el Samair, el Find, el Ruirthech y el Slaney, y en ellos no encontró el contenido para su copa de agua.

Luego, antes de la mañana, había viajado a los principales lagos de Erín, a saber, Lough Derg, Loch Luimnig, Lough Foyle, Lough Mask, Lough Corrib, Loch Laig, Loch Cuan, Lough Neagh y el Morloch, y con el agua que encontró no alcanzó a llenar la copa.

Siguió su camino hasta que llegó al Uaran Garad, en Magh Ai. No pudo ocultarse de él; así que extrajo el contenido de la copa y el muchacho cayó debajo de la cubierta.

Después de eso continuó y alcanzó la Hospedería de Dá Derga antes del amanecer.

Cuando MacCecht cruzó el tercer muro de piedra hacia la casa, allí había un dúo que le estaba cortando la cabeza a Conaire. El golpe de MacCecht le arranca la cabeza a uno de los dos hombres que estaban decapitando a Conaire. El otro entonces huía adelante con la cabeza del rey. Por casualidad, hay un pilar de piedra a los pies de MacCecht en el piso de la Hospedería. Él se la arroja al hombre que tenía la cabeza de Conaire y le atraviesa la espina dorsal, con lo que le rompe la espalda. Después de eso, MacCecht lo decapita. MacCecht

vierte luego la copa de agua en la garganta y el cuello de Conaire. Entonces la cabeza de Conaire dijo, luego de que el agua fuera puesta en su cuello y su garganta:

*¡Un buen hombre MacCecht! ¡Un excelente hombre MacCecht!
Un buen guerrero afuera, bueno adentro,
da una bebida, salva a un rey, realiza una hazaña.
Bien acabó con los campeones que encontré.
Envió una losa sobre los guerreros.
Bien tajeó junto a la puerta de la Hospedería... FerLé,
por lo que una lanza está contra una cadera.
Bueno sería con el largamente renombrado MacCecht
si yo estuviera vivo. ¡Un gran hombre!*

Luego de eso MacCecht siguió al enemigo en desbandada.

Esto es lo que algunos libros cuentan, que muy pocos cayeron alrededor de Conaire, a saber, nueve solamente. Y un fugitivo se escapó apenas para dar las nuevas a los campeones que habían estado en la casa.

Donde había habido cinco millares —y, en cada millar, diez centenas—sólo un grupo de cinco escapó, a saber, Ingcél y sus dos hermanos, Eiccel y Tulchinne, el “Añal de los Forajidos” —los tres biznietos de Conmac—, y los dos Rojos de Roiriu, que habían sido los primeros en herir a Conaire.

Después de eso, Ingcél volvió a Alba, y recibió la corona de su padre, puesto que había conseguido un triunfo sobre el rey de otro país.

Ésta, sin embargo, es la reseña en otros libros, y es probablemente más correcta. De la gente de la Hospedería cayeron unos cuarenta o cincuenta y, de los forajidos, tres cuartos y sólo una cuarta parte de ellos escapó de la Destrucción.

Ahora bien, cuando MacCecht yacía herido en el campo de batalla, al final del tercer día, vio pasar cerca a una mujer.

—¡Ven aquí, oh mujer! —dice MacCecht.

—No me atrevo a ir así —dice la mujer— por horror y miedo de vos.

—*Hubo* una época en que tuve eso, oh mujer: horror y miedo de mí en alguien por igual. Pero ahora no debes temer nada. Te recibo en la verdad de mi honor y de mi salvaguarda.

Entonces la mujer va hacia él.

—No sé —dice él— si es una mosca, un mosquito o una hormiga lo que me pellizca en la herida.

¡Sucedió que era un lobo peludo el que estaba allí, hasta sus dos hombros, en la herida!

La mujer lo agarró por la cola, lo arrastró fuera de la herida, y le sacó las quijadas de adentro de él.

—Verdaderamente —dice la mujer— esto es “una hormiga de la tierra antigua”.

Dice MacCecht: —Juro por el dios por el que jura mi gente, no lo juzgaba más grande que una mosca, un mosquito o una hormiga.

Y MacCecht tomó al lobo por la garganta, le pegó un puñetazo en la frente y lo mató de un solo golpe.

Entonces LÉFri Flaith, el hijo de Conaire, murió debajo de la axila del MacCecht, porque el calor y la transpiración del guerrero lo habían disuelto.

Después de eso MacCecht, habiendo limpiado el campo de la matanza, al final del tercer día, se aprestó, se arrastró con Conaire sobre la espalda, y lo enterró en Tara, como algunos dicen. Entonces MacCecht partió hacia Connaught, su propio país, para poder realizar su curación en Mag Bréngair. Por lo que ése es el origen del nombre con el que se conoce a la llanura de la miseria de MacCecht, es decir, Mag Brén-guir.

Ahora bien, Conall Cernach escapó de la Hospedería, y tres veces cincuenta lanzas habían pasado a través del brazo que sostenía el escudo. Siguió adelante hasta que alcanzó la casa de su padre, con la mitad del escudo en la mano, su espada, y los fragmentos de las dos lanzas. Entonces encontró al padre frente a su patio cerrado de Taltiu.

—Rápidos son los lobos que os han perseguido, hijo mío —dijo su padre.

—Lo que nos ha herido, viejo héroe, fue un malvado conflicto con guerreros —contestó Conall Cernach.

—¿Tenéis entonces noticias de la Hospedería de Dá Derga? —inquirió Amorgin—. ¿Vive vuestro señor?

—Él *no* está vivo —dice Conall.

—Juro por el dios por el que juran las grandes tribus de Ulaid, es cobardía que el hombre salga vivo, dejando a su señor morir con sus enemigos.

—Mis heridas no son blancas, viejo héroe —dice Conall.

Mostró el brazo del escudo, en el que había tres veces cincuenta heridas, esto es, las que le fueron infligidas. El escudo que lo protegía es lo que lo salvó. Pero el brazo derecho se había movido por encima, hasta dos terceras partes de él, por lo que el escudo no lo había estado defendiendo. Ese brazo estaba lacerado, mutilado, herido y perforado, excepto por unos tendones que lo mantenían unido al cuerpo.

—Ese brazo combatió esta noche, hijo mío —dice Amorgin.

—Eso es verdad, viejo héroe —dice Conall Cernach—. Muchos hay allí a quienes les sirvió el trago de la muerte esta noche delante de la Hospedería.

Ahora, en cuanto a los forajidos, cada uno de los que se escapó de la Hospedería fue al *cairn* que habían construido la antenoche, y se extraía una piedra por cada hombre que no estuviera herido mortalmente. Es así que perdieron por muerte, en la Hospedería, un hombre por cada piedra que esté (ahora) en Carn Lecca.

Esto terminó, amén, esto terminó

NOTAS Y COMENTARIOS

Estructura del relato

La literatura medieval irlandesa es netamente “precervantina”. Usualmente ya se sabe desde el principio qué es lo que va a suceder y a lo largo de su desarrollo se van viendo repeticiones y simetrías, como en los entrelazos ornamentales célticos. Al igual que en un cuento de **Cordwainer Smith**, podría llegar a decirse en las primeras líneas: “Ésta es la historia. Salvo los detalles, que vienen a continuación”.

Por otra parte, la diferencia entre las *fosceil* (“historias menores”) y las *priomsceil* (“historias principales”) es similar a la actual diferenciación entre los conceptos de “cuento” y “novela”: las primeras se ocupan de un hecho puntual y las segundas contienen más elementos.

La destrucción de la Hospedería de Dá Derga, por ejemplo, no se focaliza exclusivamente en el ascenso y caída de Conaire Mór (el Gran Perro Guardián), sino que se incluyen las historias de Etáin y de Mess Buachalla, que pueden ser vistas como un relatos independientes.

La historia de Etáin

Expuesta sucintamente en el *priomsceil*, otras variaciones presentan más activamente la presencia del Otro Mundo. Etáin era la segunda mujer del dios Mídher, quien moraba en el *shíd* de Bri Leith, convertida en insecto por Fuamach, la primera esposa del dios. Llevada por el viento,

es tragada por la esposa de un rey y renace como hija de mortales. Cuando la desposó Eochaid, Mídhher se presentó para reclamar a Etáin y se la disputó al rey, al que lo desafió a jugar al *fidchell*, un juego de tablero tradicional. El dios terminó raptando a Etáin y se la llevó al *shíd*.

Eochaid entonces los persigue por toda Irlanda, saqueando los túmulos mágicos en busca de su esposa en el episodio conocido como “La guerra del *shíd*”.

El origen de Mess Buachalla

Según algunos relatos, el rey consigue encontrar a Mídhher, quien —en vez de devolver a la mujer—lo engaña y le entrega la hija de Etáin y Eochaid, Etáin Oc (la joven Etáin). En otras versiones, en cambio, el rey puede recuperar a Etáin, en tanto que el dios Mídhher se queda planeando su venganza. Éste parecería ser el punto de vista que se recoge en *Togail Bruidne Dá Derga*, pero se tiene la sensación de que se perdió parte del texto.

Según una de las variaciones, entonces, Mess Buachalla resulta ser la hija incestuosa de Eochaid y Etáin Oc, en tanto que en el *primmscel* es la hija repudiada del rey Cormac, que se casó con Etáin Oc, hija de Eochaid y de Etáin.

En este relato aparecen elementos que se repiten en otras historias, como el de la criatura a la que le salvan la vida y el de la doncella a la que mantienen oculta.

El rey Conaire Mór

Cuando descubren a Mess Buachalla y el rey Eterscél intenta desposarla, nuevamente se introduce el Otro Mundo. Según algunas versiones, el padre de Conaire venía del *shíd* de

Mhíder. En el presente texto, sin embargo, pertenece al *énlaith*, el pueblo de las aves, al que no se lo identifica con la gente de Bri Leith.

Sea como fuere, Conaire está emparentado con el mundo extranatural. Cuando viola su *geis* original, Némglan le anuncia su ascenso al trono supremo de Tara y le dicta otros *geasa* que terminará quebrantando. El *énflaith*, el reinado del ave, sin embargo, es noble hasta que se cometen esas faltas, y aquí se observa un juego de palabras con el término *énlaith* (pueblo de las aves), pues Conaire es luego definido como un *fírflaith*, un rey justo.

Podría considerarse que el encumbramiento de Conaire y la imposición de los *geasa* que terminará violando son un castigo por haber roto el primer *geis*; el pueblo de las aves lo eleva, entonces, para castigarlo. O podría suponerse que se trata de la venganza de la gente de Bri Leith; los Otros que se mencionan en los poemas que recita Conaire no son identificados como *énlaith*, sino como *síabrai*, espíritus del Otro Mundo. Sea como fuere, ninguno de los dos grupos puede ser catalogado como intrínsecamente maligno.

Por otra parte, la vinculación de Conaire con lo extranatural no lo convierte en algo demoníaco. En los textos libres de elementos mitológicos, Eterscél pertenecía a la tribu de los *érainn* (que dieron origen al término Erín) y fue asesinado por Nuadu Necht, de los *laighin* (origen del nombre Leinster). Conaire, hijo de Eterscél, a su vez, mató al asesino de su padre y luego fue muerto por Ingcél, el bretón, y los tres hijos pelirrojos de Donn Désa de Leinster: FerGel, FerRogain y Lomna Drúth.

Pese a la posterior supremacía de los *laighin*, la figura de Conaire no aparece denostada en el *priomsceal*; los héroes de Conaire y los *díbergaig*, los forajidos, poseen los mismos códigos de honor. Se puede advertir el conflicto entre Meath y Leinster, pero lo siniestro es externo.

Todos los personajes son piezas ciegas en un juego inevitable que ya está jugado de antemano. Frente a un concepto determinista de los hechos, carece de sentido demonizar al adversario y resulta más importante mostrarlo como un igual, para poder compartir su grandeza.

Personajes secundarios

El *primscel* ofrece una profusión de personajes secundarios, muchas veces simétricos unos con otros, que son los que en gran parte determinan la extensión de la obra.

Podría especularse mucho sobre el porqué de su inclusión y es probable que algunos sean extrapolaciones y agregados tardíos. Casi con toda seguridad, están presentados por un orden jerárquico que quizá ya había perdido sentido para el momento en que el relato fue transcrito. Sin embargo, algunos de ellos merecen un comentario en particular.

Los tres Rojos

El color preponderante en *La destrucción de la Hospedería de Dá Derga* es el rojo, que está representando la muerte del héroe. Los tres Rojos (*trí Deirg*) que van a la casa del Rojo son el reflejo de los tres pelirrojos de los laighin —los hijos de Donn Désa—, y de los tres Sabuesos Rojos de Cúalu, que integraban el cuerpo de los forajidos.

Vienen de los *shíde* y montan los rojos caballos del señor de la muerte. En ese sentido, los hijos de Donn Désa traen a la memoria que al señor de la muerte se lo conocía como Donn, el amo de Tech *Duinn*, la casa de los muertos. A su vez, un hijo de Donn se llamaba Mídher.

Por otra parte, los tres *síabrai* aparecen cuando la ley del rey ya se había quebrado y ya carecía de autoridad. Ellos van delante de él a la casa del Rojo.

FerCaille

El aspecto de FerCaille (“Hombre del Bosque”) recuerda a los fomorianos del *Leabhar Gabhála*: seres con una sola pierna, un solo ojo y un solo brazo; lleva un cerdo monstruoso sobre la espalda y se lo ve como un guía extranatural que conduce al héroe al festín del Otro Mundo. Hay quienes lo consideran un desdoblamiento de Nar, el porquero de Bodb, y que la mujer que lo acompaña es un avatar de la diosa de la Muerte.

Cailb

La diosa de la muerte, la Mórrigan, aparece bajo el aspecto lúgubre de una vidente. Al profetizar, remeda la figura de los fomorianos y recita sus nombres sobre un pie y con una mano en alto. También Lugh, durante la segunda batalla de Magh Tured, entona conjuros mientras da vuelta por el campo de combate saltando sobre un pie y con un brazo levantado.

La diosa aparece otra vez, en su triple aspecto, como los cadáveres sangrantes que cuelgan en una habitación de la Hospedería.

Los siete Manè

Los hijos de Ailill y Medb realmente no tenían ese nombre. A la reina de Connacht un druida le había profetizado que Conchobar sería muerto por un Manè. Pensando en su tradicional ad-

versario, el rey de los ulates, ella le cambió el nombre a todos sus hijos. Y Manè Andoe, el Manè Vertiginoso, mató a Conchobar; pero a Conchobar mac Nessa, sino Conchobar, hijo de Arturo, hijo de Bruidne, hijo de Dungal, hijo del rey de Alba, al otro lado del mar.

Sus nombres originales eran Fedlimid, Coirpre, Eochaid, Fergus, Ceat, Sin y Dáire. Sus sobrenombres a veces varían y en algunos manuscritos —incluso en *Togail Bruidne Dá Derga*—incluso llegan a aparecer ocho hermanos. En mérito a lo más frecuente, en la actual traducción se conservó el tradicional número de siete.

Dá Derga de Leinster

Si bien el nombre del dueño de la Hospedería puede ser leído como el “sobrino de la diosa roja” (*Dá Dergæ*) o como el dios rojo (*Dá Derga*), no cabe duda de su papel como divinidad telúrica de la muerte. Por otra parte, por el hecho de pertenecer a los laighin, vuelve a introducir la parte “mundana” del enfrentamiento entre las dos tribus.

Elementos de la cultura céltica

La longitud del relato permite mostrar un espectro interrelacionado de tradiciones y costumbres de la primitiva sociedad céltica que de otro modo pasarían inadvertidos.

“Geis” y códigos de honor

Los *geasa* eran restricciones mágicas que dominaban la vida de los personajes notables. Para la época en que se transcribió el *priomsceal*, se confundían bajo ese término genérico distintos

matices que en la actualidad resulta difícil diferenciar y se mezclaban prohibiciones y obligaciones.

Básicamente, se vinculaban con el concepto del honor, por lo que involucraban directamente a los reyes y a los héroes. A veces estaban vinculados con aspectos totémicos, como la prohibición de comer carne de perro para CúChulainn, que se combinó trágicamente con su obligación de no rechazar la comida que le ofrecieran.

Casi con toda seguridad, eran impuestos por los druidas, así como por los padres o una mujer, como en el caso de Grainne y Diarmuid, que tuvo que escapar con la prometida de Fionn. Se considera, así, que el filtro mágico que beben Tristán e Isolda es una versión idealizada de un *geis* impuesto por esta última sobre el caballero.

El mandato obliga tanto frente a los dioses como frente a los hombres. La importancia del *geis* en la vida social y religiosa de los celtas pone de relieve el papel sagrado de la palabra en los rituales druídicos.

En el caso de Conaire, pareciera ser que no es el quebrantamiento de sus *geasa* lo que libera a sus seguidores de defenderlo hasta las últimas consecuencias, sino que es mismo rey el que los va exonerando a medida que acepta en voz alta la violación de cada uno de ellos y acepta las consecuencias. Así y todo, como las obligaciones del honor siguen presentes, nadie de los que puede hacerlo se aleja de la Hospedería sin haber presentado antes batalla, sin haber realizado una proeza.

También los forajidos están atados entre sí por obligaciones rituales e Ingcél les recuerda constantemente a los hijos de Donn Désa el juramento de FerRogain.

“Fosterage”

Más allá del *tuath*—los parientes putativos, que habitan un mismo suelo—y del *clann*—descendientes de un antepasado común—, y entremezclado con ellos, aparece la institución conocida con el nombre anglonormando de *fosterage*.

Se tenía la costumbre de que el hijo perteneciera a la familia del padre, pero viviera con la de la madre desde sus primeros años hasta la mayoría de edad; otras veces, los hijos de una familia quedaban bajo la guardia de un personaje calificado, como un guerrero afamado o druidas.

Además de mantener a los jóvenes apartados de las mujeres con las que no debían relacionarse, de facilitar la exogamia, se formaban verdaderos lazos de parentesco—hasta el punto de que algunos personajes llevaban el nombre del padre nodrizo—y obligaciones jurídicas recíprocas comparables a la de la familia natural.

Al mismo tiempo, esas interconexiones solían desembocar en confusiones para poder explicar posteriormente las relaciones de parentesco de un manera totalmente clara, por lo que en esta traducción se optó por tolerar discrepancias como las del número de los descendientes de Donn Désa.

Elementos mágicos

En la tradición irlandesa, como se describe en el relato, para la entronización de un rey se procedía a efectuar un “festín del toro” (*tarbfhes*), especialmente en la zona del Ulster.

Se aprecia, en virtud de ello, que la soberanía no era necesariamente hereditaria, sino que se hallaba vinculada a un ritual mágico. El druida que se atiborraba con la carne del era capaz de ver al futuro rey. Igualmente, la soberanía de Irlanda podía presentarse ante el elegido como una anciana horrible, que rejuvenecía si éste era capaz de amarla.

Por otra parte, la cabeza parlante de Conaire recuerda a la de Sualtam, el padre putativo de CúChulainn, cuando se la corta corta con el borde del escudo en el patio de Emain Macha y le sigue gritando a los ulates, y a la de Bran el Bendito, en los relatos galeses del *Mabinogion*.

La Hospedería, a su vez, la construcción rectangular en una cultura donde las viviendas eran preponderantemente circulares, posee la peculiaridad de sus siete aberturas, en las que una puerta siempre se cierra en la dirección por donde viene el viento. Hay quienes ven en la forma del edificio un símil con un féretro o una fosa y una referencia a los orificios naturales del cuerpo humano, de donde la historia vendría a resultar una representación de una ceremonia fúnebre. A su vez, trae a la memoria los castillos giratorios de otros relatos célticos, que se perpetuaron en los mitos galeses y en los cuentos artúricos, depositarios de objetos sagrados como el Grial.

Finalmente, si bien la resistencia del rey en la Hospedería se parece a la de los nibelungos en el salón de Atila durante la venganza de Crimilda, Conaire no resulta derrotado por la fuerza, sino por obra de *druídecht*, la magia druídica.

En suma, *La destrucción de la Hospedería de Dá Derga* puede ser vista como la historia del ascenso y de la caída de Conaire Mór, rey supremo de Erín, o como la historia de la derrota de los forajidos.

BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez Flórez, J. M./Butterfield, Eamon. *El perro del Ulster*. Muchnik Editores. España, 1988.
- Anónimo. *Leabhar Ghabhala. El libro de las invasiones*. Edición preparada por Ramón Sainero. Ediciones Akal. España, 1988.
- César, C. Julio. *Comentarios de la guerra de las Galias*. Espasa-Calpe. Colección Austral. España, 1957.
- Cirlot, M^a Victoria. *La novela artúrica. Orígenes de la ficción en la cultura europea*. Montesinos. España, 1987.
- Mabinogion. *Editora Nacional*. España, 1982.
- d'Arbois de Jubainville, H. *El ciclo mitológico irlandés y la mitología céltica*. Edicomunicación. España, 1996.
- Dumézil, Georges. *El destino del guerrero*. Siglo XXI. Méjico, 1990.
- Eliade, Mircea. *El mito del eterno retorno*. Alianza. España, 1982.
- Fontrudona, Mariano. *Los celtas y sus mitos*. Bruguera. España, 1978.
- Graves, Robert. *La diosa blanca*. Losada. Argentina, 1970.
- Green, Miranda Jane. *Mitos celtas*. Akal Ediciones, 1995.
- Hubert, Henri. *Los celtas y la civilización céltica*. Akal Universitaria. España, 1988.

- Kruta, Venceslas. *Los celtas*. Biblioteca Edaf. España, 1997.
- Markale, Jean. *Pequeño diccionario de mitología céltica*. Alejandría. España, 1993.
- Norton-Taylor, Duncan. *Los Celtas* (I y II). Colección "Orígenes del Hombre". Time-Life/Folio. España, 1994.
- Oviedo, Santiago, *Dioses y héroes de Irlanda*. Torre de Bregon. Argentina, 2001.
- *El viaje de Bran*. Torre de Bregon. Argentina, 2002.
- *El exterminio de la familia de Rónán*. Torre de Bregon. Argentina, 2003.
- Roberts, Timothy R. *Celtas. Mitos y leyendas*. LIBSA. España, 1995.
- Rolleston, T. W. *Los celtas*. M.E. Editores. España, 1995.
- Sainero, Ramón. *Los grandes mitos celtas y su influencia en la literatura*. Edicomunicación. España, 1988.
- Sharkey, John. *Misterios celtas*. Editorial Debate. Ediciones del Prado. España, 1995.

Ediciones Torre de Bregon

es un emprendimiento que se propone crear libros electrónicos de distribución gratuita sobre la cultura céltica.

Los derechos de la obra pertenecen exclusivamente al autor.
Está prohibida su reproducción total o parcial
sin la cita explícita de su fuente.

Quienes quieran apoyar este proyecto editorial pueden comunicarse con la dirección de correo electrónico abajo indicada para incluir vínculos a sus sitios en futuras ediciones o para figurar como *Benefactor Adherente*.

Ediciones Torre de Bregon

es miembro fundador de



e-ditores: e_ditores@yahoo.com.ar

Ediciones Torre de Bregon: cormac@arnet.com.ar